

LA OTRA CARA DE CATALUÑA:
UN PAIS DE AGRICULTORES

J. VILÁ VALENTI

CATEDRÁTICO Y DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE GEOGRAFIA DE LA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

El texto que sigue corresponde al discurso de entrada de su autor, como académico numerario, en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, acto que se celebró en noviembre de 1971. No incluimos el preámbulo del discurso —alusivo en buena parte, como es preceptivo en estos casos, al anterior académico, concretamente a Ramón DE ABADAL Y DE VINYALS— ni la contestación, efectuada por el académico Juan VERNET. Hemos reducido asimismo la bibliografía, limitándonos a citar las obras señaladas en las notas a pie de página. Agradecemos a la Academia de Buenas Letras la autorización concedida para la nueva publicación del trabajo. La traducción ha sido efectuada por Carles Carreras, profesor ayudante del Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona, habiendo sido revisado luego el texto por el propio autor (*).

* * *

El presente estudio pretende mostrar la importancia que tuvo, en la formación y evolución de Cataluña, la población agrícola. Esta presentación del área catalana como de un sector fundamentalmente rural, en una historia larga de una decena de siglos, puede parecer sorprendente para quien considere las características socioeconómicas actuales. Pero hay que tener en cuenta la trascendencia de los procesos de industrialización y urbanización de Cataluña desarrollados a partir de mediados de la centuria anterior, con resultados actuales que pueden enmascarar los rasgos del pasado.

Hemos dividido el trabajo en tres partes. En la primera se efectúa un estudio de la fase inicial de este gran ciclo agrario, que comprende los primeros siglos de la Reconquista. En la segunda parte se trazan las principales directrices de la evolución del campo catalán hasta el siglo XIX. En la tercera se muestra la transformación reciente de dicho campo y se intenta alcanzar unas conclusiones.

I. UNA FASE DECISIVA: LA COLONIZACIÓN AGRÍCOLA INICIAL

Nos referiremos en primer lugar, a la colonización agrícola dentro de la fase formativa de Cataluña, es decir, a lo largo de los primeros siglos de la Reconquista, del IX al XI. Estos momentos representan de manera clara el comienzo de un nuevo período de colonización, tras una cierta discontinuidad

* Nota del Consejo de Redacción.

—cuyo valor exacto en realidad desconocemos— en el espacio y en el tiempo, respecto a los sectores y a las actividades agrícolas anteriores.

Se ha de tener en cuenta que la Reconquista representa, particularmente en determinados casos, una instalación de población nueva, es decir, una repoblación y, por otro lado, un despliegue de actividades económicas, lo que equivale exactamente a una colonización agrícola. Así se resuelve una discontinuidad existente tanto en hombres como en actividades. Esta solución de continuidad no fue probablemente demasiado importante en el fondo de los valles pirenaicos. Pero, sin duda, alcanza ya importancia en la faja prepirenaica, al Norte de la Cataluña interior, e incluso en algunos lugares de la fachada litoral.

Los inmigrantes del Norte

En las áreas que habían quedado despobladas —para mayor exactitud deberíamos decir poco pobladas— no cabe duda que, una vez reconquistadas, existe un afán de repoblación. Aparece de forma reducida y concreta, en tierras catalanas, esta preocupación por llenar de hombres los espacios vacíos, hecho que muy a menudo hallamos en el pasado, y aún hoy en día. Los diversos condes de la Marca Hispánica debieron sospechar, más o menos confusamente, como en parecidas ocasiones se ha llegado a pensar, que “poblar es gobernar”.

Evaluar con rigor el valor de esta repoblación, en cada caso, es un hecho importante y hay que esforzarse para esclarecerlo, a pesar de una posible falta de suficiente documentación. Aparece una confusa masa de *hispani*, de *primi homines*, de *hostes*, cuyo exacto sentido casi siempre desconocemos. Algunos, muy pocos, reciben directamente, a través de una línea que, al menos teóricamente, arranca del emperador, la posesión de las tierras. Otros serán los que en realidad las ocuparán o las harán ocupar; éstos son seguramente los “hombres mayores” que aparecen en algunos documentos, los que realmente detentarán la propiedad, acumulando a menudo la posesión de extensas áreas. Los terceros serán los pobres hombres en busca de la seguridad del pan de cada día, tal vez también de fortuna; son los verdaderos cultivadores, pequeños propietarios a veces, simplemente siervos otras, que aparecen formando las grandes masas repobladoras. Prescindiendo de los *hispani*, de origen peninsular, los primeros en llegar (primera mitad del siglo IX) puede afirmarse que, al menos en el Prepirineo, proceden especialmente de las tierras meridionales de Francia y de los valles pirenaicos; señalemos de paso que se trata de corrientes que no aparecen ni por primera ni por última vez. Respecto a la repoblación de las tierras interiores que realizó WIFREDO (finales del siglo IX), Ramón DE ABADAL, rastreando en la documentación, sugiere las siguientes procedencias de los inmigrantes: *a*) gabachos y gascones; *b*) ceretanos; *c*) hombres de las comarcas occidentales, del otro lado de la frontera, sometidos a los musulmanes, o procedentes tal vez de tierras de nadie.¹

1. ABADAL, *Els primers comtes catalans*, pp. 109-110. Véase cita completa de la obra en la “Bibliografía”, al final del presente trabajo.

Estas corrientes de inmigración no debieron ser demasiado importantes en cantidades absolutas. Las densidades resultantes, ya en la segunda mitad del siglo x y en el siglo xi, son aún bajas en las comarcas centrales (Plana de Vic, Moianès, Bages); según los datos que poseemos, unas cifras en su conjunto del orden de los 8 a los 10 hab/km² parecen las más probables. A pesar de todo, tienen indudablemente una cierta importancia respecto a la ocupación humana del país y, por otro lado, explican la extensión que más adelante va a adquirir el proceso de colonización agrícola.

Una masa de agricultores

El hecho que en la presente ocasión nos interesa destacar es que este efectivo de inmigrantes constituye fundamentalmente una masa de agricultores. Serán hombres de campo, hombres del *pagus*, serán *pagesos* (payeses).

De nuevo, en ocasiones por primera vez, se ponen en explotación numerosos sectores de la Cataluña prepirenaica y central. Sectores cubiertos de bosque o de matorral son convertidos ahora en tierra de cultivo. Hemos dicho agricultores, cuando tal vez se debería decir más exactamente que se trata de hombres que sobre todo —en primer lugar y de forma ineludible— preparan los campos, luchando contra el bosque, abriendo en él calveros. Más que payeses son en realidad, en esta fase inicial, verdaderos rozadores.

La documentación de estos siglos, del ix al xi, está llena de términos que hacen alusión a la tarea de establecer campos de cultivo. A menudo se subraya, a través de diversas palabras, algunos aspectos de este largo y penoso proceso técnico. Se alude a veces a la acción de cortar el tronco de los árboles y arbustos y de arrancar las raíces que quedan: *extirpare*, *stirpare*, quitar las raíces; *arrebazare*, arrancar, quitar la *rabassa* (cepa o tocón). En otras ocasiones, existe una referencia al trabajo de cavar profundamente la tierra, una vez desmontada: *fodicare*, *bodicare* o *bohicare*, hacer artigas. A veces, a los resultados conseguidos en el calvero ya dispuesto para el cultivo: *tractura* o *tracta*; *ruptura* o *rupta*, roturado, roza; *exarmata*; *fo dica* o *bohica*, artiga; *terrarium*, terrero; *exartum*.²

La tarea de sacar los troncos y de limpiar de ramas y matas el calvero obtenido puede realizarse, más fácil y rápidamente, gracias a una técnica conocida ya desde antiguo, la utilización del fuego. Por esto se habla a veces de *articae*, es decir, artigas, palabra en la que parece contenerse una clara alusión a la acción de quemar, cuyo significado se conserva implícito asimismo en el término castellano *roza* (*roça* en portugués) y con una mayor expresividad en la palabra brasileña *queimada*, referida precisa y exactamente a la acción de provocar y mantener el incendio.

Los sujetos que actúan durante este período, como ya hemos dicho, son más unos rozadores que unos payeses. Esta terminología, aplicada a quienes actúan como agentes agrícolas, no puede faltar en la documentación: *boda-*

2. Véase especialmente BALARI, *Orígenes de Cataluña*, pp. 318-323. Para algunas palabras consúltese: BASSOLS DE CLIMENT, *Glossarium*.

dor o *bozador*, rozador, artigador.³ Es en esta acepción de una primera ocupación de la tierra por el agricultor —primera, al menos, en el sentido de no existir otra anterior conocida y de tratarse de una colonización agraria y aparentemente de un nuevo asentamiento— que se habla en ocasiones de los *primi homines*.

Queda igualmente reflejado en la documentación el natural orgullo por el esfuerzo personalmente realizado y la constancia de las ventajas conseguidas, apoyándose en unos derechos de posesión y de casi propiedad, por tratarse prácticamente de una tenencia hereditaria la que se ha obtenido sobre el nuevo campo. Es una tierra arrancada, a menudo con esfuerzo, al bosque y al matorral, al yermo en general: *tracta de heremo*. De un nulo o escaso beneficio económico, un pedazo de tierra ha pasado a ser la más regular e importante fuente de riqueza entonces conocida, o sea, a constituir un nuevo elemento fundamental dentro de la producción agrícola. Incluso durante dos o tres generaciones posteriores resonarán a menudo estos derechos de posesión explícitamente en el concepto de aprisión (*aprisio*). En el cartulario de Sant Cugat del Vallés, dos de los documentos más antiguos —años 910 y 912— hacen consecutivamente alusión a los derechos de aprisión: el conde Guifré Borrell efectúa unas concesiones *exceptus terras quod ibi traxerunt Ildericus, campo uno, et Aliarius, duos*; una propietaria, Matrona, manifiesta acto seguido que una parte de lo concedido procede de compra, pero la otra parte, en cambio, *de aprisione*.⁴

Agricultura itinerante y agricultura fija

El proceso técnico a que hemos aludido puede tener en realidad dos objetivos distintos, que no siempre es fácil distinguir a través de la documentación. La primera impresión que uno puede sacar es que se trata de una lucha contra el bosque, como una fase previa para establecer los campos de cultivo. Constituiría así una tarea inicial, preagrícola, con la que se obtenía definitivamente un nuevo campo que pasaría a ser cultivado a partir de entonces. Se trata, pues, de un desmonte y de la obtención de una parcela agrícola fija.

Pero en otras ocasiones, estas mismas técnicas forman parte del propio método o sistema de cultivo, y lo que se intenta ya no es obtener un campo, sino un calvero digamos provisional, que sólo será cultivado temporalmente, mientras conserve una cierta fertilidad natural. Lo que hemos conseguido entonces, es una simple pieza de tierra de aprovechamiento temporal, que, una vez estéril, será abandonada, y ocupada nuevamente por el bosque; pero antes de abandonarla, naturalmente, se habrá preparado un nuevo calvero. Así pues, sucede como si la parcela productora se hubiera desplazado en un sentido determinado, como si fuera jalonando un camino. Constituye, por ello, un tipo de agricultura que podemos llamar itinerante, ya que la palabra nómada, utilizada alguna vez, no parece muy adecuada. Los autores ingle-

3. Véase especialmente BALARI, *Orígenes de Cataluña*, pp. 316-317.

4. *Cartulario de Sant Cugat del Vallés*, editado por J. Riús, Barcelona, C. S. Investigaciones Científicas, vol. I, 1950, p. 8.

ses y norteamericanos, subrayando estos cambios de localización sufridos por el campo, hablan con acierto de una *shifting cultivation*.

Tanto las motivaciones como los resultados de la existencia de esta forma agrícola son bien patentes; no cabe duda tampoco de que aparece ampliamente representada desde que existen agricultores. En efecto, se trata de aprovechar inmediatamente la fertilidad de los suelos forestales, junto con las aportaciones nutritivas que puedan representar las cenizas resultantes de la combustión de materia orgánica, asegurando de esta forma la obtención de unas cosechas. Pero sólo dentro del marco de unas determinadas condiciones —tales como la importancia de la cobertura forestal, la escasa densidad de población, la posibilidad de actuación dentro de una área amplia, y el predominio de plantas de cultivo anuales— puede perdurar durante decenios, e incluso durante siglos, esta forma de agricultura.

En la época estudiada, y dentro de los sectores a que hacemos referencia, la coexistencia de las dos formas concede una extraordinaria importancia al desmonte. Se obtiene así, de un lado, el comienzo de una colonización agrícola estable con la obtención de campos fijos; de otro, la existencia de una agricultura itinerante. En un principio todos arrancan o rompen tierras; todos son rozadores o roturadores. Pero unos quieren obtener tan sólo unas artigas de aprovechamiento pasajero: más que payeses son simplemente artigadores. Parece indudable que existió un buen número de estos últimos, en la época de que hablamos, en las comarcas prepirenaicas. A lo largo de los siglos, aunque disminuyendo, los artigadores han subsistido, y conservan una cierta importancia en las áreas boscosas, cada vez también más reducidas. Aun en pleno siglo xx, en el *Costumari* publicado por la Mancomunidad, se hace referencia a las artigas.⁵ Durante la última guerra civil y sus consiguientes años de dificultades, reapareció el artigaje en algunos sectores de las montañas arbóreas, como sucedió en diversas vertientes prepirenaicas y en el Montseny.

Subrayemos el hecho de que el período agrario a que nos referimos en el presente trabajo se abre con una estrecha relación entre el bosque y la agricultura. Esta profunda relación irá disminuyendo a lo largo de los siglos posteriores. Ya en el siglo xix quedaba tan sólo —al margen de algunas posibles artigas montañosas— la aportación eventual a los campos fijos de ramas y hojas quemadas, es decir, la técnica de los hormigueros.

El problema del poblamiento disperso

Un hecho que cabe destacar es que esta repoblación y colonización agrícola surge en buena parte, como resultado paisajístico, un poblamiento disperso. En algunos casos, como parece ser el del Empordà (Ampurdán), puede representar la continuación de un poblamiento disperso preexistente. Pero no cabe duda de que en muchas otras áreas existe una nueva instalación, una verdadera repoblación, realizada a menudo en forma de casas aisladas. En

5. MANCOMUNITAT DE CATALUNYA, OFICINA D'ESTUDIS JURÍDICS, *Costumari català*, Barcelona, Imp. Casa Caritat, vol. I, pp. 95-96, 101.

la faja prepirenaica (Garrotxa, Ripollès, Berguedà y Solsonès), en la Plana de Vic, en las tierras interiores (Lluçanès, Moianès, Bages), en las Sierras litorales y prelitorales e incluso en el fondo de la Depresión prelitoral (la Selva, el Vallès), los ejemplos de este poblamiento disperso son numerosos. Es un paisaje de campos fijos o de artigas, junto a una cabaña o una pequeña casa agrícola, el que suele aparecer en estos momentos.

La palabra *mansus* (en catalán, *mas*) alude precisamente a estas casas agrarias aisladas. Mejor dicho, en principio, se refiere tan sólo a unas tierras y a un refugio, es decir, a una explotación que presenta una cierta unidad. Pero en su misma designación está claramente expresada la idea de la permanencia de unos hombres junto a unos campos, donde ha sido levantada una construcción, a veces muy simple, que los acoge. De esta manera, estos hombres no resolvieron únicamente sus necesidades básicas, su vida entera, instalándose junto a unos campos de cultivo, sino también cerca del bosque y del matorral, cerca de las hierbas y el agua.

¿Por qué este poblamiento es disperso? Con un enfoque que se mantenga estrictamente dentro de los límites de las relaciones entre el medio ambiente y el hombre nos parece que las soluciones son parciales, y que nos pueden llevar muy fácilmente a un puro determinismo de tipo físico. Podríamos oponer la *Catalunya vella* —en definitiva de la que estamos hablando— más lluviosa y de poblamiento disperso, a la otra Cataluña, *la nova*, donde aparece claramente, aún hoy, el predominio de un poblamiento concentrado, acompañado, en lo que respecta al clima, de escasa pluviosidad. Pero un análisis a fondo de este argumento demuestra tan sólo que la abundancia de agua puede facilitar, en determinadas circunstancias, la existencia de un tipo de poblamiento disperso; no llegamos en realidad a ninguna razón decisiva.

Dentro de unos enfoques parecidos, podríamos aludir a la importancia que puede alcanzar el relieve respecto a la cuestión que tenemos planteada. En la *Catalunya vella*, mucho más montañosa, la quebrada configuración puede favorecer el poblamiento disperso. El geógrafo francés DEMANGEON mostró el significado del relieve, dentro de Europa occidental, respecto al poblamiento rural medieval: observó, por ejemplo, que en Inglaterra, en tiempos de la redacción del *Domesday Book* (segunda mitad del siglo XI), las casas agrarias aisladas aparecían a menudo en los bosques, “es decir —precisa el autor indicado—, en las áreas de terreno quebrado”.⁶ Pero nos parece que esta consideración sigue siendo parcial y poco explicativa, aunque ilumina un hecho que puede ser interesante: el poblamiento no era tan sólo disperso, sino que presentaba unidades de explotación internamente diversificadas. Esta diversificación podía evidentemente conseguirse con mayor facilidad en sectores de relieve quebrado.

De otro lado, sorprende que DEMANGEON no haya subrayado con mayor fuerza el valor del bosque respecto del problema que planteamos. Como hemos visto, lo cita explícitamente, y él mismo aporta a continuación un

6. A. DEMANGEON, *La géographie de l'habitat rural*, “Annales de Géographie”, XXXVI, París, 1927, pp. 1-23, 97-114. Publicado de nuevo, traducido al castellano, en *Problemas de geografía humana*, Barcelona, ed. Omega, 1956; pp. 81-125.

texto muy claro que alude a una casa de Eardisley (Herefordshire): "In medio cuiusdam silvas est posita et ibi domum una defensabilis".⁷

Con esta observación hemos llegado a un punto interesante que creemos nos acerca a la realidad del problema, al menos, tal como se presenta en nuestro país en los siglos IX al XI. Todo parece confirmar, en efecto, que la *Catalunya vella* presentaba entonces un elevado porcentaje de su superficie cubierta de bosque y de matorral. No se trata siempre de formaciones primarias, pero sí de áreas cubiertas de una vegetación más o menos densa de árboles y de arbustos. Sería interesante poder establecer con exactitud el valor de esta área boscosa que, de todas formas, parece muy importante. Cubriría no sólo las cimas y las vertientes montañosas, sino también ciertos sectores de llanura, según las referencias que tenemos respecto a la Plana de Vic y al Pla de Bages. Es, preferentemente, dentro de este marco vegetal donde se mueven en realidad los antiguos habitantes, cuando los hubo, y los nuevos repobladores.

Ahora nos podemos formular la misma pregunta en forma más concreta: ¿Favorece el bosque la formación del poblamiento disperso? No hallamos razón alguna para conceder al bosque, tampoco en este caso, un valor de factor, y menos de factor único. Hay que realizar un enfoque más riguroso, abordando el problema desde un punto de vista humano, partiendo de unos hombres que actúan en el bosque, en unas áreas boscosas singulares, conociendo y aplicando unas técnicas determinadas, e intentando alcanzar unos objetivos muy concretos. Nos damos cuenta entonces, de que las respuestas pueden diferir en forma considerable. Ciertamente, no faltan, sino al contrario, las colonizaciones que originan núcleos concentrados, tal como sucede con numerosas comunidades que aún hoy practican una *shifting cultivation* en los bosques tropicales, o, para señalar un ejemplo más cercano en el tiempo al caso que estudiamos, tal como nos muestra la ocupación del área boscosa del Sur de Alemania durante los siglos X al XII, con núcleos de población del tipo *waldhufendorf*.⁸

La realidad es que en Cataluña, en este período y en el área a que nos referimos, la colonización se lleva a cabo de manera individual, o, más exactamente, de manera familiar. Quienes se asientan y colonizan los sectores boscosos son, en gran parte, familias, no comunidades ni grupos. Familias reducidas, de un solo roizador en ocasiones; otras veces, en cambio, aparecen dos o tres familias, habitando incluso un solo refugio. El paisaje resultante más característico, debía estar formado por pequeños calveros dispersos entre el bosque y el matorral, cada uno con una casa. En aquellos momentos, en realidad, la mayoría eran casas pequeñas, sencillas y humildes, a veces tan sólo cabañas o barracas; o un simple refugio, aprovechando la cavidad o socavón de una roca, a modo de una covacha más o menos acondicionada. Debemos tener en cuenta que los *masos* más grandes y de más sólida construcción no aparecerán hasta bastante más tarde. Paralelamente a los *masos*

7. La cita es de P. VINOGRADOV, *English Society in the Eleventh Century*, Oxford, 1911; p. 267.

8. Uno de los primeros estudios de conjunto realizados sobre este punto es el de R. KOEBNER, *The Agrarian Life of the Middle Ages*, en *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. I, 1942, cap. I.

aislados existen también ejemplos de calveros más amplios, con dos o tres casas (podría ser en este sentido que se habla de *villarunculum*) y con unas construcciones auxiliares.

Dos hechos alcanzan gran trascendencia en este tipo de colonización agraria, que, como hemos dicho, no se realiza a partir de centros comunales ni formando una línea continua de avance —es decir, a través de frentes pioneros— sino más bien a partir de pequeños focos aislados y discontinuos. En primer lugar, los inmigrantes llegados nunca son muy numerosos, y el flujo parece realizarse prácticamente a pequeños grupos o por familias. De otro lado, la colonización se realiza inicialmente según los modelos adoptados por los carolingios en las marcas, modelo que suele basarse en el establecimiento de familias a través de unos lazos intermedios (pequeños señores, grandes señores). Estos lazos económicos y de vasallaje irán definiéndose más adelante dentro del esquema feudal,⁹ con diferencias locales bien marcadas; pero lo que realmente nos interesa, es la plasmación de estos hechos en los diversos asentamientos, aspecto sobre el que insistiremos más adelante.

El "mas"

De esta forma surgen el calvero y el *mas*, aislados por el bosque y el matorral de otros calveros y de otros *masos*. Los recortes de bosque, al cabo de dos o tres siglos, cuando el nuevo poblamiento esté bien fijado y desarrollado, constituirán lenguas de separación, auténticas marcas forestales entre los diversos centros de colonización. Pero el bosque no es solamente una discontinuidad en las áreas ocupadas, sino que es fundamentalmente un área de explotación: de madera, que realiza una importante función en la propia construcción del *mas*; de leña; de recolección de frutos; de aprovechamiento de las hierbas del sotobosque para la alimentación del ganado. Van apareciendo así, un conjunto de características que irán conformando la compleja realidad del *mas*; ya hemos hablado de ello en otra ocasión,¹⁰ pero no podemos dejar de recordar ahora algunos de sus rasgos.

En efecto, con la palabra *mas*, acabaremos refiriéndonos no sólo a la construcción —a la casa y a los posibles elementos auxiliares— sino al mismo calvero agrícola y al conjunto de bosques y matorrales que lo envuelven; parece ser toda esta extensión la que, en algunos momentos, es llamada *mansata*.¹¹ Por otro lado, el *mas* se concibe —y, sobre todo, será concebido en los siglos posteriores, a partir del XII y XIII— como una unidad social y laboral profunda e integrada. Representa una casa, una o unas pocas familias, diversas tierras formando un bloque, una explotación. Subrayemos un rasgo de este último aspecto. El *mas* constituye una explotación, podremos hablar incluso de empresa agraria pero siempre muy variada internamente. El mismo paisaje nos lo muestra: la casa y otras construcciones, tan diversificadas desde el punto de vista técnico (almacén de aperos y productos

9. El trabajo más reciente que conocemos sobre la formación del feudalismo es el interesante estudio de Rru, *Hipòtesi entorn de l'origen del feudalisme a Catalunya*.

10. Nos referimos a nuestro trabajo, *El "mas", una creación prepirenaica*.

11. BALARI, *Orígenes de Cataluña*, p. 621.

agrícolas, establos y corrales, graneros y pajares, bodegas), los campos de cultivo, las artigas, los pastos, los matorrales, los bosque. El hombre del *mas* acabará siendo el ejemplo más claro del payés, no cabe duda; pero no es tan sólo, desde el punto de vista de la actividad económica, un agricultor, un campesino, en sentido restringido. También es, y más o menos según los casos, un pastor, un ganadero, un leñador, un explotador forestal.

A menudo las construcciones y los calveros iniciales debieron ser muy reducidos. Seguramente se buscaba tan sólo la seguridad del alimento diario, aparte del trabajo y de los productos que cada uno debía ofrecer o entregar. No olvidemos que a cambio de la mencionada seguridad, unida a la concesión de unas tierras, el hombre del *mas* queda en estrecha relación con la persona o institución que permitió o facilitó su instalación, el señor civil o religioso, el gran dominio, el monasterio o la parroquia. Dentro de esta población dispuesta en forma dispersa, parecen ser los grandes dominios, con su castillo, y las parroquias quienes constituyen los centros más normales y regulares de relaciones sociales y, a veces, económicas.

Quedan unos *masos* desligados jurídica y económicamente, al menos en parte, de esta red de señoríos que acabamos de evocar. Son las instalaciones del tipo llamado, en la documentación de la época, *alaudis* (en catalán, *alou*). Parece ser que ya desde los primeros momentos, los *alous* tendrán una importancia económica y paisajística superior a la de los demás *masos*; tengamos en cuenta, además, que estos últimos, a menudo, fueron creados y ocupados por gentes de condición servil, y que aparecen generalmente articulados dentro de grandes dominios.

Campos y viñas

Para obtener una visión de conjunto de esta fase agrícola inicial, nos vamos a referir brevemente a las plantas de cultivo. Parece indudable que en las parcelas itinerantes fue fundamental el cultivo de cereales panificables, es decir, centeno (*Secale cereale* L.), que predominó seguramente en los suelos ácidos y húmedos del Prepirineo, y el trigo, mejor dicho, las diferentes especies y variedades de trigo entonces cultivadas (espeltas: *Triticum dicoccum* Schrank y *T. monococcum* L.; trigos propiamente dichos, especialmente el *T. aestivum* L., según parece). Sería frecuente la siembra de cereales mezclados, es decir, del *mestall*.

En las parcelas fijas los cultivos debieron adquirir ya una clara diversificación. Se cultivaban cereales de otoño para la panificación (centeno y trigo, como hemos señalado); cereales de otoño para el ganado auxiliar de la agricultura y, en aquellos momentos, algunos para la alimentación humana (cebada y cebada ladilla, *Hordeum vulgare* L. y *H. distichum* L.; avena *Avena sativa* L.); y cereales de primavera (mijo, *Panicum miliaceum* L.; panizos, *Setaria italica* Kunth. y *Penicillaria spicata* Willd.). La harina de estos últimos se dedicaba a la alimentación humana y era consumida en forma de papillas o gachas. También tenía importancia el cultivo de diversas leguminosas, dedicadas a la alimentación humana o animal.

Según la documentación de la época se practicaba sin duda alguna el

barbecho, y el instrumento agrícola fundamental era el arado, casi siempre, seguramente, de reja metálica. Pero aún no tenemos datos concretos, en determinados momentos y lugares, sobre la importancia del barbecho y las características del arado.

Un aspecto que hay que destacar respecto a las plantas de cultivo es el de que en los campos fijos aparece una arboricultura, a veces muy importante, de árboles frutales. No cabe duda de que esta arboricultura se densifica en los huertos cercanos a la casa (*ortus, trilia, macenaria*) y en los reducidos sectores dedicados al regadío; a veces esta condición se indicará específicamente: *ortus pomiferiis*. Pero parece un rasgo aún más decisivo la existencia de una viticultura.

Este último hecho es muy importante. En realidad lo que era propiamente área agrícola dentro del paisaje rural (*cultum*; opuesto a *incultum* o *eremum*) se podía reducir fundamentalmente a tierra campa, a campos cerealistas —lo que constituye la *terra* o *campum*— y a viñas —*vinea*—. Así aparece claramente en repetidas ocasiones, como sucede por ejemplo en la documentación del monasterio de Sant Benet de Bages, del que justamente este año (1972) se celebra el milenario de la consagración de su iglesia. El monasterio se halla instalado junto al Llobregat, en el sector oriental del Pla de Bages. En el momento de la consagración, en el año 972, este sector estaba ya, al menos en parte, repoblado y colonizado desde hacía dos o tres generaciones, arrancando desde la época de Guifré. El número de parcelas cercanas con viña era considerable; de las dieciocho concesiones que fueron hechas en esta solemne ocasión, once eran viñas. La viticultura era importante en aquellos momentos también en sectores más septentrionales, como en la Plana de Vic, e incluso en las comarcas prepirenaicas y pirenaicas, como es el caso de la Cerdanya.¹²

Un rasgo, pues, que hay que señalar respecto a la viña, y para evitar cualquier confusión con el paisaje actual, es la amplia difusión de la *vid* (*Vitis vinifera*) incluso a considerable altura (800, 1.000 metros y más): eso sí, en estos casos la viña aparecía siempre en las vertientes de cara al mediodía. Indudablemente, se buscaba la producción propia del vino, dentro de una economía de subsistencia y de pequeños mercados locales, contando con un sistema de transporte irregular y de escaso volumen. Un segundo rasgo estriba en que parece ser que las parcelas dedicadas a la viña, aunque numerosas, estaban dispersas y eran de reducidas dimensiones; había además, probablemente, cepas aisladas o alineadas en la primera de las parcelas de secano y de los huertos. No existían grandes viñas ni, menos aún, comarcas con clara tendencia al monocultivo de la *vid*. En este sentido, el primer ejemplo de un intento de creación de un viñado para la obtención de una cuantiosa producción de vino de consumo corriente, aparece seguramente en el sector oriental del Pla de Bages, justamente cerca de Artés y del ya citado monasterio de Sant Benet.¹³

12. Para esta última comarca véanse las diversas citas del *Dietari de Puigcerdà*, de J. Martí, Ripoll, vol. I, 1926; existen referencias a la viña de antes del año 1100 en las pp. 121, 123, 132, 150 y 156.

13. VILÀ VALENTÍ, *La comarca de Bages*, 2.ª parte, cap. II.

El poblamiento concentrado

De nuevo, el documento de consagración citado nos es útil para otras consideraciones. Una gran parte, al menos, de los campos cerealistas y de las viñas que son concedidas no pertenecen a los *masos*. Se trata de parcelas que aparecen en áreas cultivadas por payeses que no eran habitantes de los *masos*. ¿Dónde vivían, pues?

La documentación nos cita —aparte de unos centros relativamente destacados, siempre con una cierta tradición histórica y unas funciones políticas y religiosas— unos núcleos de población que pueden dividirse en dos grandes tipos. A veces, se trata de agrupamientos muy reducidos, de pocas casas, que, en ocasiones, pueden haber surgido en un calvero ampliado, a partir de dos o tres *masos*. Constituyen en realidad una forma de dispersión, más que de concentración.

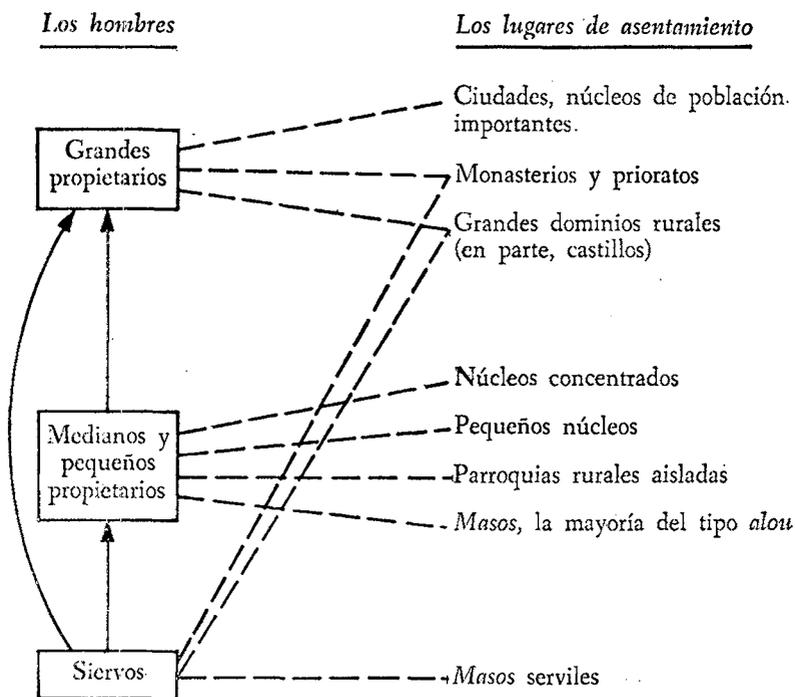
En segundo lugar, aparecen núcleos propiamente concentrados, es decir, aldeas o pueblos, aunque debemos suponerlos de reducida magnitud y con poca población. Los datos contemporáneos, y otros que poseemos posteriores, como los fogages del siglo xiv, hacen creer respecto a este último punto, que, a menudo, sólo vivían en estos núcleos unas decenas de familias, unos doscientos o trescientos habitantes, como máximo. Se puede tratar evidentemente de núcleos de origen anterior a la época a la que nos referimos. Pero lo que justifica en aquellos momentos la concentración, como ya hemos dicho, suele ser la parroquia y, en otros casos, el castillo. Para seguir con el ejemplo antes citado, señalaremos que cerca, o no muy lejos, del monasterio de Sant Benet de Bages aparecen citados, ya en la segunda mitad del siglo x y en la primera del xi, *Navarculus* (Navarcles, con parroquia), *Sanctus Fructuosus* (nombre actual derivado del titular de la parroquia) y *Artium* (Artés, con parroquia y castillo); Llobregat arriba, van apareciendo *Salent* (Sallent, con parroquia y castillo); *Balciarenno* (Balsareny, con parroquia y castillo) y *Podium regium* (Puigreig, también con parroquia y castillo). El número de pequeñas iglesias, la mayoría con carácter de parroquia, que quedan aisladas o sólo con un *mas* cercano o un grupo de *masos*, es considerable: anotemos, por ejemplo, en un área no lejana al sector a que hacemos referencia, según documentación dos o tres siglos posterior, Sant Ponç de la Sala, Viladecavalls (Calders), Sant Martí de Serraiña, Sant Pere de Serraiña, Sant Miquel de Serrassans, Santa María de Cornet y Santa María de Merola.¹⁴

Hay que insistir en cuanto a las iglesias, incluso las que son parroquias, que a veces, no dan lugar a núcleos concentrados, ni tan siquiera a los reducidos lugares antes indicados. Aparece simplemente al lado de la iglesia un *mas*, o la construcción religiosa tan sólo. Quedan entonces dentro del área de clara dispersión, como ocurre en Sant Martí de Serraiña (Sallent); Santmartí es aún hoy el nombre del *mas* vecino y el patronímico de la familia de sus propietarios. Por otro lado, y lo indicamos tan sólo como sugerencia metodológica, la existencia en las iglesias de titulares de origen

14. *Id.*, *id.*, 2.ª parte, cap. I.

carolingio (Sant Martí de Tours, Sant Sadurní de Tolosa, etc.) nos podría ayudar a revelar, junto con la cronología documental, cuáles son las iglesias fruto directo de la repoblación a que nos referimos. Así encontraríamos, también el eco, tal vez, de alguna otra colonización, como la de los monasterios mozárabes, de la que quedan pocos resultados evidentes.¹⁵

Teniendo en cuenta lo expresado anteriormente sobre los hombres que constituían el poblamiento disperso, podemos presentar el siguiente cuadro del lugar de asentamiento de los propietarios rurales y de las masas de agricultores en Cataluña en los siglos x y xi (indicamos en trazo continuo las relaciones económicas y de vasallaje y a trazos los correspondientes lugares de asentamiento o instalación):



Hablando de nuevo de los núcleos concentrados, debemos confesar que disponemos, para los siglos a que nos referimos, de muy pocas referencias concretas acerca de las actividades de la población que los ocupaba. Pero no cabe duda de que los habitaban un cierto número de medianos y pequeños propietarios que tenían que explotar, en régimen directo, las tierras cercanas al pueblo. De otro lado, se apunta ya la aparición de algunos oficios extraños a las actividades agrícolas —albañiles, hiladores, tejedores, herreros—, aunque, a menudo, relacionados íntimamente con el mundo rural.

15. Su importancia ha sido destacada por M. Riu, trabajo citado en la nota 9.

II. LA LARGA HISTORIA DEL CAMPESINADO

En la forma que hemos intentado evocar en las páginas precedentes, se inició en las tierras catalanas un período, que durará nueve o diez siglos, con una marcada huella rural. La agricultura constituirá la gran actividad económica, el campo de cultivo aparecerá como el elemento fundamental del paisaje económico, el campesino será el sujeto laboral más numeroso entre la población y, a la vez, el propietario rural constituirá, en muchos sectores, el elemento social predominante. Quisiéramos señalar ahora sólo algunos puntos que nos parecen particularmente significativos en esta larga historia del campesinado catalán hasta llegar a la segunda mitad del pasado siglo.

La colonización agraria de la otra Cataluña

Durante la segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII se efectúa la reorganización de la Cataluña recién ocupada, la *Catalunya nova*. Falta un estudio de conjunto que nos ofrezca una visión clara y concreta del sentido y de los procesos que rigieron esta reorganización territorial, pero no cabe duda, de que el resultado final fue una amplia colonización agrícola. Existirían, al menos, dos grupos de procesos distintos, teniendo en cuenta que, inicialmente, nos hallábamos con dos casos extremos: 1) áreas despobladas, o muy débilmente pobladas, prácticamente incultas, como la faja que, en el siglo X, se extendía al Sur y al Oeste de la línea Llobregós-Gaià, abarcando probablemente hasta la propia ciudad de Tarragona; 2) áreas ocupadas por núcleos concentrados de agricultores, dedicados al cultivo cerealista de secano y a la arboricultura —especialmente del olivo— y a una reducida horticultura, esta última a lo largo de los diversos cursos fluviales, como sucedía en el Urgell y en las tierras bajas del Segre, cercanas a Lérida. Por ello, aparecen soluciones tan diferentes como las que empiezan por una verdadera repoblación, y las que se limitan a un simple reparto, que a veces fue únicamente una redistribución entre nuevos propietarios, sin casi ninguna otra modificación.

A nosotros nos interesa destacar, en esta ocasión, que durante los decenios señalados se efectuó una amplia reorganización y colonización agrícola de la *Catalunya nova*, junto al hecho de que, en conjunto, el poblamiento resultante responde a una clara disposición en núcleos concentrados. Nos parece que tres factores ayudan a explicar este resultado paisajístico, teniendo en cuenta algunos problemas que ya hemos planteado y brevemente debatido: 1) limitaciones físicas y biogeográficas, difíciles de valorar, a veces, exactamente y en conjunto, como la ausencia de frecuentes puntos con agua; 2) las repoblaciones se efectúan en estos momentos con otra mentalidad, y disponiendo, en un momento dado, de efectivos humanos más importantes, lo cual da lugar a la instalación de comunidades rurales, más o menos cuantiosas, a cada una de las cuales se concede un amplio territorio; 3) la existencia en algunos sectores, como hemos señalado, de un poblamiento concentrado previo.

Por otro lado, la ausencia de una cobertura boscosa importante y densa, da como resultado —si no lo hubiesen ya provocado la evolución técnica y las nuevas necesidades alimentarias de una población creciente— la escasa importancia de la agricultura itinerante. Un nuevo hecho socioeconómico, que no ha sido casi indicado, podría ayudar a definir y hacer aún más rígido este poblamiento concentrado. Se trata de que, en algunos sectores, como en la Segarra y el Urgell, parece que, en los últimos siglos medievales, surgieron disposiciones tendentes a establecer el barbecho obligatorio en las diversas hojas de cultivo en que se divide el sector agrícola correspondiente a cada comunidad. Como ya se conoce, por ejemplos similares, el poblamiento concentrado puede mantener entonces una marcada rigidez. El estudio a fondo de esta problemática en Cataluña constituye un tema de un gran interés histórico y geográfico.

¿Una fase de plenitud agraria?

Todo hace sospechar que, en la segunda mitad del siglo XIII, se ha llegado en el mundo agrario catalán a una fase de plenitud. En conjunto, la producción agrícola es suficiente para una población que parece en ligera expansión. El área agrícola va alcanzando un máximo de superficie, mientras se acaba de definir una determinada disposición en los elementos del paisaje —núcleos de población, áreas productivas, caminos— que se mantendrá a menudo a lo largo de diversos siglos. La tipología fundamental de los núcleos de población, en estos momentos, podría establecerse en la forma siguiente: 1) ciudades con una población de mil o dos mil habitantes, al menos, con diversificación de funciones y sin una marcada huella agraria; existen muy pocos ejemplos; 2) pueblo y aldeas de unos centenares de habitantes, con una función agraria preponderante; 3) pequeños lugares con unas decenas de habitantes, con una función agraria exclusiva. Queda aún, naturalmente, el área de poblamiento disperso, ocupada sobre todo por los *masos*; sus construcciones adquieren durante este siglo mayor volumen y diversidad.

Conviene destacar dos ideas que cualifican un tanto esta simple tipología y nos muestran ya la complejidad de los hechos que se van produciendo. Por un lado, es incuestionable el carácter exclusivamente agrario de los *masos* y de los pequeños lugares. En estos últimos, las casas suelen aparecer relativamente independientes, poco contiguas, como si se tratara simplemente de unos *masos* que se hubiesen acercado —nos referimos ahora concretamente a las construcciones—. Algunas veces se señala explícitamente un hecho que ha ayudado a esta suerte de agrupamiento, como cuando se habla, refiriéndose a estos núcleos, de “el carrer de...”, indicando un reducido grupo alargado a lo largo de un camino.

En los pueblos y aldeas el carácter agrario es preponderante, pero no se presenta ya en forma exclusiva. Aunque no completamente, constituyen agrupaciones de campesinos. Incluso las ciudades mantienen un fondo rural: a menudo, presentan barrios campesinos, y dentro de las murallas suelen englobarse sectores sin edificar, ocupados frecuentemente por pequeños huertos.

Hay que subrayar, pues, de un lado, el marcado carácter rural de gran parte del país, de la mayoría de las entidades de población con carácter exclusivo. Pero hay que indicar también que las ciudades, e incluso gran número de pueblos y aldeas, se van ya diversificando claramente. Nos parece que las funciones extra agrícolas de los núcleos que corresponden al tipo 2 no han sido suficientemente destacadas. En realidad, aparecen y van apareciendo algunas actividades manufactureras, comerciales y de servicios, que nos muestran, especialmente en determinados casos, una clara diversificación funcional. El movimiento que va adquiriendo la parroquia, la importancia que alcanzará el mercado semanal —otorgado, a menudo, ya en los siglos XI y XII¹⁶— la concesión del régimen municipal,¹⁷ la aparición de oficios diversos, nos pueden dar medida del valor que va adquiriendo el desarrollo de estas funciones. Con frecuencia se trata, naturalmente, de funciones ligadas de una u otra forma a la población agrícola, tanto la que habita en el núcleo como la que depende de él, ya en el sector propiamente rural. De hecho, sucede que estos pueblos y aldeas se convierten, en buena parte, sobre todo cuando poseen una importante área periférica de *masos*, en un pequeño centro manufacturero, comercial y de servicios del mundo rural que los rodea.

Desconocemos el exacto valor de los factores y aspectos realmente fundamentales en los procesos de producción agraria. No cabe duda que se han producido, dentro del área catalana, a lo largo del siglo XIII, algunas mejoras en los métodos de cultivo, con una reducción del artigaje y, tal vez, de la larga duración del barbecho. Pero desconocemos aspectos tan importantes como el de la posible utilización de nuevos arados o la aparición de nuevas roturaciones. Tengamos en cuenta que el Císter, instalado ya en Cataluña a partir de la segunda mitad del siglo XII, representó casi en todas partes una destacada innovación de las técnicas agrícolas.¹⁸

Respecto a la ganadería ovina, la utilización de los pastos de montaña en verano y los de la llanura en invierno, con un método trashumante, es ya un hecho establecido. Las comunidades pirenaicas tratan de asegurar los pastos para el invierno, mientras que diversos núcleos y monasterios, como los de Poblet y Santes Creus, buscan, por el contrario, una seguridad para la explotación de los prados de verano. Durante algunos decenios los citados monasterios obtienen del poder real derechos de pasto en las montañas cetranas.¹⁹

Por otro lado, existe una capacidad de inversión y de realización que no era posible concebir siglos atrás, durante la fase de colonización agrícola inicial. Ello se observa claramente en la creación de nuevos regadíos, establecidos generalmente en función del abastecimiento a las ciudades, ya que el

16. Hacemos referencia a este hecho comercial en nuestro estudio, *Notes sobre el poblament català medieval: el mercat*.

17. Es fundamental para este aspecto la tesis doctoral de J. FONT RIUS, *Orígenes del régimen municipal de Cataluña*, Madrid, Instituto Estudios Jurídicos, 1946.

18. Excelente ejemplo monográfico en tierras francesas es el estudio de CH. HIGOUNEY, *La grange de Vaulerent. Structure et exploitation d'un terroir cistercien de la plaine de France, XII^e-XIV^e siècles*, París, Ecole Pratique de Hautes études, 1965.

19. LLOBET y VILÀ VALENTÍ, *La trashumancia en Cataluña*, pp. 37, 44.

mas dispone de reducidos huertos, y los pueblos tan sólo, cuando ello es posible, de pequeñas lenguas de huerta. Uno de los ejemplos más interesantes nos parece que es el de la ciudad de Manresa, que aprovechó las aguas ya no del Cardener —el río que pasa junto al mismo núcleo—, sino del Llobregat, más alejado, pero con mayor caudal y mejores posibilidades, teniendo incluso en cuenta la disposición del relieve. La obra se realizó en el siglo xiv y acarrecó no sólo gran número de problemas técnicos —había que construir un canal de unos 27 km de longitud hasta llegar al término de la ciudad— sino de jurisdicción. Pero el municipio luchó con tenacidad y consiguió alcanzar su deseo.²⁰ Notemos que el objetivo principal era simplemente, al menos en la fase inicial del proyecto, asegurar unas determinadas cosechas para el suministro de la ciudad, y no el crear un sector de agricultura comercial con una amplia área de influencia. Con la huerta manresana aparece un importante barrio de campesinos a extramuros de la ciudad, el de Les Escodines; asimismo surgirá un poblamiento disperso dentro del área del regadío.

Los remensas

Evoquemos ahora tan sólo unas determinadas cuestiones acerca de los remensas, sobre todo respecto a la importancia que alcanzaron dentro del conjunto del país y al número de personas afectadas. Como se sabe, los hechos a que nos referimos responden a una profunda crisis social y económica del campo catalán que culminó en la segunda mitad del siglo xv. Ya hace tiempo diversos autores han aportado gran número de datos fundamentales sobre estos problemas (FITA, COROLEU, SAMPERE I MIQUEL, PELLA I FORGAS, E. SERRA I RAÑOLS, entre otros), con unas interesantes elaboraciones por parte de HINOJOSA; posteriormente se han presentado los hechos dentro del marco general de la época y de las características del mundo rural en tierras europeas (PISKORSKI, VICENS VIVES) o en análisis monográficos, algunos muy recientes (GOLOBARDES).

El área afectada es esencialmente la que corresponde a la de los *masos*, es decir, la *Catalunya vella*. Las crisis poblacionales —hay que tener en cuenta indudablemente la repercusión de las grandes epidemias a partir de mediados del siglo xiv— y la de los remensas, determinaron en este área el abandono de casas y explotaciones rurales (*masos rònecs*), discontinuidades en la producción y, probablemente, una contracción del espacio agrícola, hechos sobre los que aún poseemos pocos datos de conjunto.

El número de campesinos afectados es realmente importante. VICENS VIVES subrayó que “los textos coetáneos nos hablan de 15.000 a 20.000 hogares remensas”, basándose en datos de 1395 y 1449.²¹ Ello significaría, como el mismo autor señala, que una cuarta parte aproximadamente de la población catalana debía estar constituida en aquellos momentos —segunda mitad del siglo xiv y primera mitad del xv— por remensas y sus familias. Por otro lado, si tenemos en cuenta la población agrícola, que no era de con-

20. Hemos estudiado este punto en nuestra tesis, parte 2.^a, cap. II. El trabajo fundamental publicado es el de J. SARRIÉ, *La céquia de Manresa*, Manresa, Est. Católica, 1906.

21. VICENS VIVES, *Historia de los remensas en el siglo XV*, p. 23.

dición remensa, queda de manifiesto, como era de sospechar, el considerable valor que dentro del conjunto del efectivo poblacional catalán, debió de alcanzar la población dedicada a las tareas agrícolas. Otro problema interesante, desde el punto de vista geográfico, sería el de discernir con exactitud la importancia de los grupos remensas dentro del conjunto del territorio catalán. Es evidente que predominan en el Norte y Noreste —diócesis de Urgell, Gerona, Vic y Barcelona— es decir, en la *Catalunya vella*, pero parece ser que no faltan del todo, a pesar de ciertas afirmaciones documentales explícitas y contrarias, en la *Catalunya nova*, es decir, en las diócesis de Tarragona, Tortosa y Lérida.

Los masovers

Terminada la larga y profunda crisis remensa, el campo catalán en su conjunto se reorganiza. Por otro lado, a partir de la segunda mitad del siglo xvi, existe como hecho bien establecido, un cierto crecimiento de la población, subrayado por una importante corriente inmigratoria hacia la faja litoral y hacia el interior del país.²²

En el área donde aparece el poblamiento disperso existe una clara tendencia a una nueva ocupación de *masos* y de tierras de cultivo. Es más, parece que el número de *masos* crece, y que aumenta asimismo la superficie de las áreas dedicadas al cultivo. Estas tendencias continuarán, a pesar de ciertas discontinuidades, y se alcanzará el máximo de población y superficie agraria en Cataluña durante la segunda mitad del siglo xviii y la primera del xix. Probablemente a esta colonización de nuevas tierras y al mantenimiento del cultivo en sectores de difícil topografía y de suelos delgados, como sucede en las vertientes abancaladas, plantadas de olivos, frutales y viña, se debe, en buena parte, la aparición de la buena fama de los catalanes como gente laboriosa. Señalemos que esta actitud en ciertos autores castellanos —“los catalanes, de las piedras hacen panes” dirán algunos escritores e incluso la voz popular— se refiere inicialmente al payés, y se muestra ya bien definida en diversos autores y arbitristas del siglo xvii.²³

Constituye un factor interesante el hecho de que, en el área que antes hemos indicado, aparecen cada vez en mayor número unos campesinos que realizan el cultivo bajo un régimen de explotación muy característico. Se trata del *masover*, el hombre del *mas*. Inicialmente es en realidad un aparcerero que tiene la obligación de vivir, él con su familia, en la casa que constituye claramente el centro de la explotación agraria. Cuidará de todo el *mas*, conservará la casa y demás construcciones auxiliares y será quien efectúe directamente el cultivo y la obtención de la producción, una parte importante de la cual, de la mitad a la tercera o cuarta parte, habrá de entregar. El propietario —es decir, el *amo*, la otra figura esencial de este díptico

22. Tema de la tesis de NADAL y GIRALT, *Population catalane 1553 à 1717*, especialmente en la segunda parte.

23. Véanse algunos comentarios en VIÑAS, *El problema de la tierra en la España de los siglos XVI-XVIII*, Madrid, C. S. Investigaciones Científicas, 1941, pp. 95-96. Otros textos, VILAR, *Catalunya dins l'Espanya moderna* y PI SUNYER, *Aptitud económica de Catalunya*.

que gira alrededor del *mas* en los siglos modernos— es el responsable ante el fisco y coopera de algún modo determinado en los métodos de cultivo, como, por ejemplo, con la posible aportación de utillaje y de abonos. Asimismo el propietario suele reservarse la explotación del bosque y de los pastos. Pero el *masover* goza de algunos derechos —por ejemplo, utilizar las diversas construcciones, poseer un huerto, aprovechar la leña— que aseguran su permanencia con un cierto bienestar. Buen número de propietarios rurales siguen viviendo en el campo, en la construcción que propiamente se llamará *mas*. Durante los siglos XVII y XVIII éste llegará a tener una magnitud notable, afirmando su carácter de casa solariega, de *casa pairal*;²⁴ se configura entonces, de manera clara, el interesante fenómeno del *pairalisme*. La construcción presenta en el primer piso la *sala* y las habitaciones, es decir, el ámbito propiamente destinado a residencia, que suele alcanzar una gran amplitud. En el segundo piso aparecen pequeñas habitaciones y el desván para refugios de los mozos y almacén de productos. Las construcciones cercanas a la casa pueden llegar a ser muy numerosas, desde una posible capilla junto al *mas* hasta las diversas construcciones auxiliares de la agricultura y la ganadería. El dualismo de personas que conlleva la explotación se puede traducir en un desdoblamiento de construcciones: junto al *mas* propiamente dicho aparece entonces un edificio más reducido —un pequeño *mas* podríamos decir— para el *masover*, la llamada *masovería*. Pero a menudo el *masover* habita un pequeño *mas* aislado. Por otro lado, cabe también que el dueño lleve directamente la explotación con la ayuda de asalariados.

Constituye un hecho frecuente que las construcciones del tipo *masovería* aparezcan en la periferia de los *masos* de gran extensión, como resultado de una colonización agrícola del bosque y del matorral que, a veces, repite de forma aproximada la situación anterior a las crisis de los siglos XIV y XV, aumentando incluso la superficie agrícola. Pero inicialmente las construcciones del *mas* destacan siempre por su magnitud, mientras que las *masoverías* son mucho más reducidas, al igual que las tierras de que dependen. Por otro lado estos hechos demuestran que el *mas*, como explotación, ha crecido notablemente, y que puede llegar a alcanzar tres o cuatro veces la extensión que presentaba anteriormente.²⁵

¿De dónde surge esta importante masa de *masovers*? Está aún por hacer un estudio cuidadoso y general sobre este punto. Parece indudable que una parte de los *masovers*, en el siglo XVI, constituyen una prolongación de los antiguos remensas, tras las favorables resoluciones dictadas en 1486. En este sentido, existe la continuación de unos lazos sociales tradicionales, transformados por las modificaciones jurídicas recientes. Se mantienen, a veces, determinadas frases que recuerdan situaciones anteriores y que sólo aparecen sobre el papel, en los contratos escritos, pero que no encontrarán ya eco en la vida real, a partir de un momento dado. Incluso tras diversas disposi-

24. CAMPS i ARBOIX, *Les cases pairals catalanes*. ABADAL trata esta cuestión en el prólogo que citamos en la "Bibliografía".

25. Ha insistido últimamente sobre este aspecto VILAR, *Catalunya dins l'Espanya moderna*, vol. II, p. 296.

ciones muy posteriores (1812, 1823, 1837) podemos encontrar aún, en pleno siglo xx, estipulaciones según las cuales el *masover* ha de entregar un par de pollos nacidos en agosto o —una cosa más simple y menos sustanciosa— tan sólo un vaso de agua “*com a reconeixement de dret de senyoriu*”.

Pero asimismo, han de existir unos nuevos *masovers* con otro origen. No parece tratarse de inmigrantes, dedicados casi siempre a otros trabajos o a faenas agrícolas. Estos nuevos *masovers* son, probablemente, aparceros y jornaleros que vivían en núcleos de población concentrada y, que en un momento dado, fueron instalados por los propietarios rurales en sus respectivos *masos*, por medio de contratos orales y escritos que adquieren forma definitiva en los siglos xvii y xviii y que, con ligeras modificaciones, llegan hasta la primera mitad del siglo actual.

El papel realizado por los *masovers* puede aún llegar a ser más importante en razón de diversas circunstancias. Destacan, sobre todo, dos hechos: 1) Algunos *masovers* terminan siendo los únicos que quedan en el *mas* o en la *masovería* adjunta, por absentismo de los propietarios —fenómeno ya claro en el siglo xviii y que aumenta en el xix—; 2) pequeños *masos*, bien cultivados y administrados por familias de *masovers*, van adquiriendo mayor importancia y aumentan en construcciones, en producción e incluso llegan a englobar tierras adyacentes; en determinados casos —crisis sociales, como durante las guerras civiles; aumento de los precios agrícolas— algunos *masovers* alcanzaron la oportunidad de transformarse en propietarios rurales.

El *payés aldeano*

Hemos de referirnos todavía a una gran masa de campesinos que no son *masovers*, sino que viven en los núcleos de poblamiento concentrado. En las entidades reducidas, de unas cuantas casas, quizá de algunas docenas de ellas, las familias de agricultores son preponderantes, a menudo exclusivas. Desde un punto de vista social, estos pequeños núcleos representan un conjunto de medianos y pequeños propietarios, de campesinos que pagan alguna renta o algún censo, de aparceros, incluso de alguna familia de *masovers*.

Pero lo que nos interesa subrayar ahora es que en los pueblos y aldeas el fondo rural es también muy importante. A menudo los campesinos son preponderantes, a veces en gran medida. Aparecen propietarios absentistas de sus *masos*, medianos y pequeños propietarios que cultivan directamente sus tierras, campesinos arrendatarios y a censo, aparceros y jornaleros. Realmente se puede hablar de la existencia de lo que podemos llamar el *payés de aldea*.

Los últimos a los que nos hemos referido, los aparceros y jornaleros, pueden ser numéricamente muy importantes en su conjunto. Una parte cultivan, en régimen de aparcería, campos cerealistas y viñas, frecuentemente dentro de la faja agrícola que rodea al pueblo; pero, a veces, se trata, en cambio, de parcelas muy alejadas. Estos campesinos representan una mano de obra agraria latente, que puede verse afectada por paro encubierto y que podrá, según las circunstancias, desempeñar un destacado

papel. Así sucede en las diversas fases en las que aumenta el cultivo de la viña, a lo largo de los siglos XVIII y XIX: son en buena parte aparceros y jornaleros los que se convierten en *rabassaires*, y colonizan con vides los bancales y terrazas de las vertientes de la Cataluña litoral y central.

En realidad sucede que los aparceros y jornaleros constituyen una mano de obra fluctuante, que se inclina poco o mucho hacia las faenas del campo, según las circunstancias económicas y sociales. En las ciudades donde las facilidades manufactureras son importantes —especialmente la preparación de la lana, el hilado y el tejido— esta población es, a la vez, agricultora y artesana. Pueden ser, por ejemplo, viticultores y tejedores, o cerealistas y preparadores de lana. Como caso más generalizado, sin concretar demasiado, podemos hablar de campesinos y *paraires*. Nos encontramos, de esta forma, ante un caso muy claro de modo de vida mixto. Éste es el cuadro que se presenta, a fines del siglo XVI y comienzos del XVII en la interesante obra *Libre primer de la Història Cathalana* de Pere GIL: “Altres que juntament són parayres y pagesos: sols que tenen camps y vinyas y olivars per à collir pa, vi y oli per à sa casa poc més ò manco; y altemps del sembrar, cavar, segar y batre, y veremar y fer lo oli ocupan se en lo exercici y art del pagès...; y quant plou o en altres temps del any que los pagesos estan ociosos; y en lo Ivern que són las nits llargas ocupan se en fer los draps que poden”.²⁶

En la planta baja de su casa, el payés —o el artesano, si se quiere— tenía sus instrumentos de trabajo, un telar manual, por ejemplo. A veces, el artesano incluso siendo importante, muestra su relación con la tierra. Es muy interesante a este respecto, una descripción de una casa de una aldea catalana, perteneciente a una familia de tintoreros e hiladores, en la primera mitad del siglo XV: aparece el obrador con “VIII socas de lana daragó... VIII dotzenas de pells blanclas lanudas... Un bugadé ab XLVI ll. de stam filat y tres ll. de lana filada... un torn sens pua... unas balanças... unas cardaças”; pero no faltaba la bodega con “un banch de collir olivas... dos carratells plens de vi; una bota vigatana; un parell de portadoras; duas tinas”.²⁷

El documento corresponde precisamente a la ciudad de Sallent, con un buen número de aparceros y jornaleros, en los siglos XV al XVIII, y con una evolución económica y social muy sintomática durante la pasada centuria. En efecto, son miembros de sus familias —mujeres, niños, incluso los mismos campesinos— los que alimentarán la corriente de mano de obra de la moderna industria textil.²⁸ En los últimos decenios del siglo son también aparceros y jornaleros quienes participan de una manera especial en el gran avance de la viña pero este hecho constituye simplemente la última reactivación de la agricultura de secano dentro del gran ciclo agrario que estamos estudiando. A la larga, la crisis vitivinícola, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, no hará más que aumentar la corriente de esta mano de obra hacia

26. Edición de IGLÉSIMS, pp. 233-234.

27. Publicado por F. SOLÀ en *Història de Sallent*, Vic, Impr. Anglada, 1920; pp. 198-199.

28. Sallent constituye uno de los primeros núcleos catalanes, si no el primero, con telares mecánicos movidos por ruedas hidráulicas (VILÀ VALENTÍ, *La comarca del Bages*, 3.ª parte, cap. I; *Id.*, *Indústria catalana moderna*, pp. 8-9, 17).

la industria. Los hechos que acabamos de citar sugieren ya un nuevo planteamiento de los problemas y nos colocan decisivamente frente a la situación actual.

III. EVOLUCIÓN RECIENTE DEL CAMPO Y UN INTENTO DE CONCLUSIONES

A mediados del pasado siglo aparecen en el campo catalán algunos síntomas de crisis. Se trata, en buena parte, de una crisis en función de factores extragrarios. En efecto, la agricultura y la ganadería tradicionales empiezan a acusar en Cataluña el impacto del inicio de los procesos de industrialización y de urbanización. En realidad es toda la estructura económica y social la que se va modificando. El campo tendrá unos resurgimientos —por la necesidad de producir más trigo, por el espectacular aumento de la viña— que harán que el área propiamente agrícola llegue a su máximo de superficie a finales del siglo XIX. Pero son hechos de corta duración y de escasa trascendencia. Respecto al trigo, para citar un fenómeno del que ya no volveremos a hablar, el área catalana se convierte, en realidad, en un mercado consumidor de los trigos del interior de la Península.

Ya en aquellos momentos se intenta, ante las nuevas circunstancias, como se intentará luego durante ciertas fases del siglo actual, la transformación de la agricultura catalana. A pesar de todo, la evolución completa de la economía ha provocado, en un proceso difícilmente reversible, el desplazamiento de las actividades y de la población agraria a un lugar secundario, en ciertas áreas marcadamente agrícolas. La crisis afecta profundamente al mundo agrario catalán. Síntoma y factor de esta situación es el decrecimiento de la población rural catalana, aspecto que más adelante estudiaremos y comentaremos. El propio *mas* entró en crisis. Cataluña ha dejado de ser primordialmente el inmenso campo que había sido tradicionalmente, con numerosos pueblos y tan sólo algunos núcleos urbanos;²⁹ actualmente es sobre todo, en particular en los sectores de mayor vitalidad y desarrollo poblacional y económico, una red urbana. De este modo, Cataluña ha dejado de ser, claro está, un pueblo de campesinos.

El máximo de superficie agrícola

En la faja prepirenaica parece ser que la superficie agrícola más extensa se alcanza ya en la segunda mitad del siglo XVIII. Se llega entonces a lo que podemos considerar, en general, el límite altitudinal de cultivos más

29. Son bastante conocidas las imágenes presentadas por diversos autores catalanes del siglo XVII, hablando, ditirámbicamente, de la densidad de población en Cataluña, constituyendo una área "muy poblada de caseríos"; con muchos *masos*, algunos de considerable magnitud; con tantas casas aisladas y núcleos de población "que no parece sino que la provincia es una ciudad continuada". (F. de GELABERT, 1616; E. de CORBERA, 1678; M. MARCILLO, 1685). Parece que esta idea apareció en la segunda mitad del siglo XVI y persistió hasta el XVIII: M. AYMERICH nos dice aún, en 1766, que "toda Cataluña parecía una ciudad por la multitud de pueblos y de alquerías y casas de campo"; evidentemente el término ciudad está mal escogido; pero lo que nos interesa subrayar es que este poblamiento representaba en gran parte la instalación de una población rural.

elevado. No cabe duda que este hecho respondió a un aumento de la población y a la existencia en estos momentos, en la montaña, de densidades relativamente elevadas.

Pero en el conjunto de Cataluña el máximo de superficie agrícola se consigue posteriormente, en la segunda mitad del siglo pasado. Las tierras litorales y las de la Depresión central singularmente, muestran este hecho con claridad. Un conjunto de cultivos cerealistas, trigo especialmente, y arbóreos (olivo, algarrobo, almendro) se introducen o se extienden rápidamente. Los productos agrícolas van encontrando amplios mercados con el aumento general poblacional —1.673.842 habitantes, según el censo del año 1860; 2.084.868 habitantes según el censo de 1910— y de la población urbana en particular. Pero fue sobre todo la rápida extensión de la viña, con motivo de la grave crisis francesa, motivada por la invasión de la filoxera, la que determinó en algunas comarcas una ampliación espectacular del área dedicada a cultivos; se va llegando entonces realmente al máximo de superficie agrícola.

El caso de la viña ofrece, al mismo tiempo, el ejemplo de ocupación de sectores considerados como marginales agrícolamente. Las áreas colonizadas por la viña son a menudo relieves en vertientes que se han de disponer en forma de terrazas abancaladas, sostenidas por paredes de piedra seca. En el complejo sedimentario de la Depresión central, los horizontes constituidos por materiales duros (calizas, conglomerados) suministrarán el material para estas auténticas construcciones. La mano de obra abundante, local o forastera —como es el caso de los *cerdans* o ceretanos, inmigrantes de invierno—, especializada a menudo en estas tareas, permitirá un rápido avance del viñedo.

Cuando posteriormente diversas crisis en la venta de los productos motivaron una constricción del área agrícola, sólo quedaron los restos materiales de estas antiguas actividades, en forma de paisaje agrario abandonado. Pero el caso más espectacular, sin duda, lo constituye, de nuevo, la viña. La invasión de la filoxera, iniciada el año 1879, determinó que, en una veintena de años, quedaran afectadas 385.000 ha vitícolas.³⁰ Entonces aparece la serie de bancales de piedra seca que se pueden ver abandonados en las vertientes periféricas del Panadès o del Bages o de algunas sierras litorales, con las características *barraques de viña* —unas interesantes construcciones de falsa bóveda³¹— e incluso en ocasiones algunos lagares. El matorral o una cobertura más o menos densa de pinos suele ahora aparecer sobre este antiguo paisaje agrario, abandonado hace setenta u ochenta años, a veces más recientemente.

Hacia un mínimo de la población agraria

En los mismos decenios en que se llegaba a un máximo de superficie agrícola se iniciaba la disminución de la población agraria. Comienzan a

30. IGLESIES, *La crisi agrària de 1879-1900*, p. 15.

31. VIOLANT, *Las "barraques" de viña de pared en seco, del Pla de Bages*, "Estudios Geográficos", XV (Madrid, 1954), 189-200.

aparecer ya claramente algunos factores, que continuaron actuando con más o menos fuerza y complejidad durante la segunda mitad del siglo pasado y a lo largo de todo el actual. Las ciudades —especialmente Barcelona— y los diversos valles industrializados —Ter, Llobregat, Cardener— empiezan a atraer abundante mano de obra. Dentro de la evolución del conjunto de la economía se manifiesta con claridad la inferioridad en que se encuentra la agricultura, respecto a rendimientos económicos y productividad. Por otra parte, existe un largo proceso interno de transformación agrícola —al que nos referiremos más adelante— y que comporta una evolución de las antiguas formas extensivas hacia otras más intensivas y más mecanizadas, es decir, unas formas agrarias que exigen para una superficie igual menor mano de obra, a veces, considerablemente menor.

El resultado es una sensible reducción de la población campesina. En realidad, el fenómeno comporta, a la vez, dos facetas, cuyo valor respectivo habrá que averiguar. Por una parte, se trata de una disminución en cifras relativas, e incluso absolutas, de los hombres que viven en el campo. Constituye, pues, una mengua de la población rural. Se puede asistir, en diversas épocas y en diferentes sectores, a un auténtico abandono del campo, incluso a un verdadero éxodo rural. En el siglo pasado el movimiento de emigración tuvo, en conjunto, importancia en ciertos valles pirenaicos, en buena parte del Prepirineo y en algunos altiplanos interiores; pero ya a fines del pasado siglo y principios del actual, quedan afectadas amplias áreas de la Depresión central y de las tierras de secano occidentales, así como numerosos sectores de las Cordilleras litoral y prelitoral.

Los estudios monográficos en este sentido, aún muy escasos, tendrían evidentemente un gran interés. En la actualidad un profesor del Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona, Tomás VIDAL, efectúa unos trabajos de conjunto sobre este tema, de los cuales recogeremos en la presente ocasión dos o tres de las más significativas conclusiones alcanzadas.³² Entre 1857 (primer censo oficial) y 1970, el máximo absoluto de la población se da precisamente en los primeros años a que se refiere el estudio (1857-1860) en todo el cuadrante noroeste de Cataluña y en sectores aislados del noreste; en cambio, el máximo se alcanza entre 1861 y 1900 en una amplia faja de la provincia de Tarragona, paralela al litoral y en algunos sectores de Gerona cercanos a la costa. La montaña, pues, en conjunto, comienza a despoblarse antes, mientras que en otros sectores la viticultura y la arboricultura retrasaron la despoblación. Naturalmente, en una gran parte de la faja costera, sobre todo en el tramo central, en los canales fluviales —el Llobregat, por ejemplo— en los grandes regadíos —bajo Segre, deltas—, y en los núcleos urbanos, los máximos absolutos de población aparecen en el último quinquenio estudiado.

De la despoblación del campo en Cataluña en conjunto, podemos tener ya una idea clara si tenemos en cuenta la fuerte disminución de la población rural. Definiendo ésta como el efectivo humano que vive en municipios de

32. Ha publicado una nota breve (VIDAL, *El reverso de la urbanización: la despoblación del campo en Cataluña*) y prepara otras publicaciones sobre la despoblación en las áreas rurales de Cataluña a partir de mediados del siglo XIX.

menos de dos mil habitantes —lo que nos dará sólo una idea aproximada del hecho que estudiamos— podemos presentar el siguiente cuadro: ³³

	1860	1950
Población de los municipios que en 1950 tenían menos de 2.000 habitantes	828.604	628.186
Población total de Cataluña	1.673.842	3.240.313

Hemos escogido el año 1860 porque representa el máximo relativo de población rural en Cataluña en los últimos cien años; entonces representa aproximadamente la mitad de la población total, exactamente el 49,5 %. En cambio, en el año 1950, ha quedado reducida a menos de una quinta parte, concretamente al 19,3 %.

La disminución no sólo ha sido relativa, sino también absoluta. Observemos que mientras la población total aumenta fuertemente, casi doblándose —al índice 100 del año 1860 corresponde un índice 193 para el año 1950—, la población rural, al contrario, disminuye de manera bien acusada, perdiendo exactamente una cuarta parte —a un índice 100 el año 1860 corresponde un índice 75 el año 1950—.

Pocos decenios han sido suficientes, pues, para producir una auténtica inversión en las seculares proporciones entre la población rural y la población total. Pero, de otro lado, aparece una segunda faceta que tiene también un alto significado. No se trata sólo de un abandono del campo, sino de una considerable disminución de la mano de obra dedicada a la agricultura, en provecho de la industria, de las actividades comerciales y de los servicios. En este caso, se trata, en una palabra, de una mengua de la población agrícola.

Esta disminución de la mano de obra dedicada a las actividades económicas agrarias queda bien reflejada de acuerdo con la evolución del número de trabajadores dedicados a las actividades primarias. En efecto, aunque se incluyan también pescadores y leñadores, no cabe duda de que en un alto porcentaje se trata propiamente de agricultores y ganaderos. Durante la primera mitad del siglo xx la mencionada disminución ha sido muy acusada en las provincias de Barcelona y Gerona; la primera disminución ha sido muy acusada en las provincias de Barcelona y Gerona; la primera de ellas partía ya de una cifras bajas (38,0 % de población dedicada a las actividades primarias en el año 1900). Cuando el porcentaje medio de la citada población, en el año 1950, era de 47,6 % en el conjunto de España, las provincias catalanas presentaban los siguientes datos: ³⁴

Barcelona	9,4		Tarragona	56,2
Gerona	40,7		Lérida	60,1

33. Las consideraciones que siguen, proceden de datos del "Instituto Nacional de Estadística" y del trabajo de J. IGLESIES, *Movimiento demográfico en los últimos cien años*, p. 11.

34. Las cifras proceden de las publicadas por el "Instituto Nacional de Estadística".

Conviene no olvidar el gran volumen de la población de la provincia de Barcelona dentro de la catalana total (2.232.119 habitantes dentro de un conjunto de 3.240.313, en el año 1950) para darse cuenta de la exacta significación de la cifra respecto al porcentaje que hemos dado. Por otra parte, en los dos últimos decenios la disminución de la población agrícola se ha acusado también en las otras dos provincias marítimas, en particular en la de Tarragona. Según el censo de 1960, a las actividades primarias en Cataluña se dedicaba sólo el 22,1 % de la mano de obra laboral. No se puede negar que éstas habían perdido, en conjunto, la importancia decisiva que habían presentado en el pasado, hecho que en realidad ocurrió ya durante los dos primeros decenios del siglo actual.

Las transformaciones agrícolas

El cuadro poblacional que acabamos de presentar no quiere decir que en Cataluña existiese, durante este siglo largo a que nos hemos referido, desde 1860 aproximadamente hasta hoy día, el proceso continuo de una agricultura decadente y abandonada. Tampoco es exacto hablar, en conjunto, de crisis agrícola.

Lo que realmente ocurre es que, como ya había sucedido y aún sucede en una gran parte de Europa occidental, la producción agraria pierde valor relativo en el contexto de la economía general, que muestra un gran número de actividades —diversas ramas industriales y de servicios— que se desarrollan rápidamente y que tienden a absorber una creciente mano de obra. Por otra parte, los intentos de transformación técnica de la propia agricultura —intensificación de la producción, procesos de motorización y mecanización— tienden a rechazar, como ya hemos indicado una parte de la mano de obra antes necesaria.

Por otra parte, se trata, a veces, de un simple abandono de ciertos sectores del campo, en particular cuando quedan reducidos de una manera drástica determinados mercados. El caso de las viñas de vertiente constituye un buen ejemplo, como más tarde lo serán las terrazas agrícolas ocupadas por algarrobos, cuando la garrofa pierda importancia como producto alimentario del ganado auxiliar de la agricultura. Tan sólo algunos hechos circunstanciales y excepcionales, dentro de la evolución general, pueden producir una revitalización de las antiguas formas agrarias, como sucedió durante la guerra civil y en los duros años posteriores, hasta el 1948-49. Entonces se ocuparon de nuevo algunos sectores marginales y se efectuaron cultivos que normalmente ya no eran rentables. Ya hemos señalado que, en algunos casos, incluso el artigaje o rozamiento fue de nuevo importante. Pero la vuelta a una cierta normalidad muestra lo artificial de estos arcaísmos en el mundo moderno.

A pesar de todo, a la par de estos hechos ha habido un conjunto de intentos de transformación de la agricultura catalana, para que, de forma más adecuada, respondiera a las actuales necesidades. En los primeros decenios del siglo este hecho es evidente. Lo vuelve a ser recientemente, en los dos últimos decenios. Algunos aspectos de estas transformaciones agrarias, que

tan sólo nos interesa enunciar en esta ocasión, son: 1) ampliación de los antiguos regadíos y creación de otros nuevos; 2) introducción de nuevos cultivos o nuevas variedades, principalmente en los regadíos (forrajes, arboricultura, plantas florales; 3) motorización y mecanización, muy intensas en los dos últimos decenios; 4) desarrollo de una ganadería bovina y porcina intensivas; 5) algunas modificaciones, aunque escasas, y poco profundas, en las estructuras sociales y económicas y los canales de distribución, como han intentado diversas formas de cooperativismo. La capacidad de reacción a ciertas crisis no ha faltado. De nuevo hemos de citar el caso de la producción vitícola. Lo que aparece después de la crisis de la filoxera es una viña preponderantemente de llano, en contraste con las de vertiente de antaño, intentando la producción de unos vinos de una calidad determinada, o de ciertas características, como sucede con el ejemplo, realmente singular, de la producción de champanes o vinos espumosos.³⁵

Los hechos indicados dan como resultado una mejora en los rendimientos, que se hará más sensible particularmente en ciertos productos agrícolas como el trigo, si lo comparamos con los datos medios de España. Aportaremos además, las cifras referentes a la provincia que consigue una agricultura más intensiva, la de Barcelona. Veamos algunos datos, en qm por ha, referentes al citado cereal y a los años 1959-60:³⁶

	Secano	Regadío
Provincia de Barcelona	14,9	26,8
Conjunto de Cataluña	12,9	26,4
Conjunto de España	9,8	21

Pero estas transformaciones, incluso cuando llegan a constituir un éxito económico, no representan la restauración del campo con sus antiguas y tradicionales condiciones, es decir, con una mano de obra relativamente abundante y barata, con un trabajo agrario estacional o al menos poco intenso, con formas de actividades mixtas combinadas con la artesanía, con numerosas explotaciones —como sucede con el *mas*— de producción diversificada. La clara tendencia hacia formas agrícolas más tecnificadas, más intensivas y más especializadas, dentro de un contexto general, social y económico, radicalmente diferentes, con muchos menos campesinos en una actividad económica de valor netamente secundario, permite hablar, nos parece, del comienzo de un nuevo período o ciclo agrícola en Cataluña.

La crisis del "mas"

Incluso los *masos*, en conjunto, entran en crisis. Surgido, como hemos visto, en plena Edad Media, configurado claramente, de la forma en que nos ha llegado, durante los siglos XVI al XVIII, el *mas* es una de las expresiones más definidas del gran ciclo agrario tradicional. En el momento de la ma-

35. Existe un estudio monográfico: LOBET, *La industria del vino espumoso español*.

36. CAMPS ARBOIX, *Historia de la agricultura catalana*, p. 380.

durez, representa, al menos para los troncos familiares de propietarios y, como su reflejo, para la masa de *masovers*, no sólo el refugio y el hogar, sino también una explotación económica estable y una institución jurídica sólida. Para preservar la integridad de cada *mas* y su continuidad se fueron definiendo diversas figuras, especialmente la del *hereu*, que sólo en unas circunstancias sociales y económicas determinadas, pueden mostrar su justo sentido.

A pesar de lo que podría dar la impresión de que el *mas*, particularmente en determinados sectores, está aún fuertemente enraizado, creo que en este caso podemos hablar de una cierta crisis. En los últimos cien años algún breve resurgir ha podido enmascarar el problema, favoreciendo a veces a los propietarios, otras a los *masovers*. El valor del carbón vegetal o de la madera, los altos precios conseguidos por algún producto agrícola, la fuerte demanda de pastos, la expansión de la viña, pudieron determinar aquí y allá, en uno u otro momento, un ambiente favorable. Pero casi siempre este hecho fue circunstancial; la crisis del *mas* era después mucho más acusada.

No se trata solamente de un problema de contratos, de una distribución más justa y equitativa de derechos y deberes. Evidentemente, el punto al que acabamos de referirnos es ya suficientemente importante para mostrarse vivamente en el plano social y político, como sucedió en el tercer decenio del siglo actual con motivo de la discusión de la Ley de Contratos de cultivo.³⁷ Pero en definitiva, estos hechos son manifestación de problemas más amplios y mucho más profundos. Nos parece que constituyen especialmente una muestra de la escasa viabilidad económica del *mas* como empresa agraria dentro del mundo moderno. La insuficiente magnitud de la explotación, la escasa productividad y la reducida producción, la diversidad de productos obtenidos y las dificultades de distribución, muestran, en la mayoría de los casos, que el *mas* presenta una clara falta de adecuación dentro del actual contexto económico.

Ello hace necesario unas profundas modificaciones del *mas*, que puede llegar a presentar, en un futuro cercano, unos rasgos muy distintos de los tradicionales. Podemos sospechar las tendencias generales de esta evolución que en algunos casos ya ha empezado. En unos interesantes estudios, María de Bolós, profesora del Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona, ha analizado cómo se presenta este problema actualmente en unos sectores del Prepireneo.³⁸ Prescindiendo incluso de estos análisis monográficos, no es difícil prever que la indicada evolución se efectuará en busca de una mayor y más intensiva producción, en cada unidad de explotación, y de una especialización más acusada, con unos resultados sociales y paisajísticos imprevisibles en estos momentos. Desde mediados del decenio 1950-60, especialmente, la crisis del *mas* ha comenzado a manifestarse con síntomas diversos. Uno de ellos es el simple abandono de algunos *masos*. A pesar de la cierta estabilidad que esta explotación pudiera represen-

37. Véase amplio y reciente comentario en CAMPS ARBOIX, *Història de la agricultura catalana*, caps. xi al xiv, singularmente el xii.

38. Uno de los trabajos —*Aportación al estudio de la evolución del "mas" prepirenaico*— en publicación; otros estudios en elaboración.

tar para el *masover* y su familia, el éxodo afecta también algunas áreas de poblamiento rural disperso. Se inicia así probablemente, como ha sucedido otras veces, una época en la que de nuevo irán apareciendo *masos* abandonados, *masos rònecs*. Inmigrantes procedentes de fuera de Cataluña han sustituido a veces a las familias de *masovers* que abandonaron el campo; pero parece constituir una sustitución circunstancial, como una simple fase dentro de una emigración por etapas que tiene como objetivos fundamentales la ciudad y llegar a realizar actividades industriales o de servicios. De esta forma se acentúa también, sobre una institución tan estable y tradicional como fue ésta, el final de un largo período de la historia agraria catalana.

La transformación del *mas* parece, pues, en general, un hecho previsible de cara a un futuro inmediato. Una transformación además, profunda y compleja, con claras repercusiones sobre numerosos aspectos sociales y económicos. En ciertos sectores del Prepirineo, el aumento de las explotaciones y la marcada tendencia de algunas a convertirse en empresas ganaderas especializadas, se manifiesta ya claramente. A veces, las soluciones nos pueden parecer sorprendentes, como estos intentos, de los últimos años, de convertir algunos *masos* en lugar de retiro —de fin de semana o de temporada— para el hombre de ciudad, constituyendo un pequeño ejemplo de la fuerza creciente de la cultura del ocio. En este caso se conserva la construcción, el *mas* propiamente dicho; pero, en cambio, no tiene nada que ver con la explotación agraria que tradicionalmente fue. Otras veces, es la casa la que queda abandonada, pero se prosigue la explotación desde otros *masos* o desde un núcleo de población; de todas formas estamos también lejos, en este caso, del concepto tradicional del *mas*.

Una conclusión: la importancia cuantitativa del campesinado

A partir de ahora, intentaremos formular unas conclusiones derivadas de los hechos expuestos en el presente estudio. En efecto, nos parece que estas observaciones recientes sobre la última centuria —y por tratarse de hechos de los que mucha gente tiene conciencia por más próximos e incluso vividos— pueden hacer olvidar el peso considerable que, al menos en número, han tenido los agricultores en Cataluña durante muchos siglos. El proceso de industrialización y urbanización, empezados ya claramente, aunque muy localizados, en el cuarto y quinto decenios del siglo pasado³⁹ pueden acabar de enmascarar el fenómeno a que aludimos. Incluso de algunos trabajos históricos se saca la impresión de no ser suficientemente considerado el hecho de que nuestra tierra ha sido fundamentalmente un país de agricultores, un país de campesinos VICENS VIVES escribía con acierto, hace ya más de quince años, que “cada català té la seva casa pairal” y que “la imensa majoria dels catalans descendim de pagesos”.⁴⁰ Ciertamente esto que era exacto en la primera mitad del siglo XX ya no lo será tanto dentro de poco tiempo, y lo será aún menos dentro de un par de generaciones.

39. VILÀ VALENTÍ, *El origen de la industria catalana moderna*, pp. 17-22.

40. VICENS VIVES, *Notícia de Catalunya*, p. 33.

Razón de más para recordar, a modo de breve conclusión, la importancia cuantitativa de esta gran masa rural que se va formando lentamente —en forma paralela al desarrollo del país— desde la novena y décima centurias. En buena parte, la historia de Cataluña se confunde, a partir de entonces, con una historia del campesinado. Un campesinado que vive y se mueve sobre la tierra, que la cultiva y organiza, que desde la tierra contempla el mundo y la vida entera. Son rurales, a veces por completo, las técnicas y el uso del tiempo, los trabajos y los días, la cultura y las instituciones. Unas cuantas generaciones de campesinos —no más de treinta y cinco o cuarenta— están en la base de esta nuestra evolución histórica. Señores rurales y siervos, nobles del campo y pobres rozadores, *aloers* y remensas, propietarios y *masovers*, aparceros y arrendatarios, emfiteutas y censaleros, cerealistas y viticultores, hortelanos y campesinos de todas clases aparecen en los fundamentos de esta historia. El resto lo constituyen algunos hombres de pueblo y de ciudad, artesanos y *menestrals*, gentes de oficio y de carrera, mercaderes y comerciantes, siempre muy inferiores en número.

Es cierto que son las ciudades las que, en buena parte, organizan el país. Pero su peso cuantitativo —a diferencia de lo que sucede actualmente— era reducido. Aun a últimos del primer cuarto del siglo XVIII tan sólo seis poblaciones, prescindiendo de Barcelona, sobrepasaban los 4.000 habitantes (Vic, Mataró, Tortosa, Tarragona, Manresa y Gerona). Todas estas ciudades juntas, incluyendo Barcelona —incluso teniendo en cuenta toda la población del municipio que, como en el caso de Tortosa, puede ser en parte rural— suman 11.796 fuegos, es decir, tan sólo el 11 por ciento de todos los fuegos de Cataluña en aquel momento.⁴¹

Por otro lado, ya lo hemos visto, parte de esta población, digamos urbana —añadiendo núcleos de más de 2.000 habitantes, incluiríamos a Reus, Valls, Cervera, Lérida y Olot— era campesina o tenía una relación directa con el campo. Es cierto que entonces el núcleo urbano estaba perfectamente recordado de su contorno inmediato por las murallas, como sucedía en la mayoría de las ciudades e incluso en un buen número de aldeas; pero en realidad, paradójicamente, la ciudad dependía estrechamente de su campo y de su huerta, de sus campesinos. A veces aparecían parcelas agrícolas intramuros, y casi siempre podemos hallar calles o barrios habitados por agricultores, agrupados en gremios y cofradías propias.

Este peso cuantitativo del campesinado catalán es expresión evidente de la importancia del campo en la economía del país, en toda su vida. El campo, durante siglos, ha ejercido un papel decisivo en Cataluña. A menudo representaba la seguridad del suministro alimenticio —auténtica obsesión de las ciudades hasta el siglo XVIII—, la base más regular del comercio, la más sólida y estable de las riquezas, la plataforma del poder político y jurisdiccional. La considerable masa campesina anónima, asoma de vez en cuando simbólicamente, desde los capiteles de los monasterios y los pórticos de las iglesias hasta que, queriendo realizar en el postromanticismo una novela

41. IGLESIES, *La població catalana al primer quart del segle XVIII*, pp. 38-42. Para un estudio de conjunto del siglo XVIII: P. VILAR, *Catalunya dins l'Espanya moderna*, vol. III, parte II, pp. 13-181.

o un teatro sociales, algunos autores pueden recorrer todavía al mundo rural, aún con la fuerza de un eco realmente popular. A veces, la masa campesina irrumpe como problema colectivo, violentamente, aquí y allá, afectando gran parte del país o tan sólo a una comarca o a un sector determinado. Algún confuso levantamiento de plena Edad Media tiene ya probablemente este sentido de revuelta rural; no podemos dudar de ello respecto al movimiento de los remensas o al Corpus de Sangre barcelonés, por ejemplo.

Los valores del campesino

Estas reflexiones nos conducen hacia otras conclusiones. Nos referimos al sentido que puede tener en varios planos, incluido el psicológico, el hecho de la preponderancia del campesinado. Son unas conclusiones, en torno al valor cualitativo de éste, lo que quisiéramos realizar ahora.

Los problemas que apuntamos corresponden en realidad a materias que pueden parecer un poco alejadas de la Geografía. Pero creemos que se puede efectuar válidamente algunas consideraciones objetivas. Parece indudable que un determinado modo de vida colaborara a desarrollar ciertas actitudes y determinadas tendencias. Es una muestra el hecho de que la diferencia —considerada en bloque y dentro de una civilización determinada— entre el hombre de campo y el de ciudad ha llamado siempre la atención. La distinción comporta a menudo una diferenciación y comparación incluso en unos planos estrictamente morales y espirituales, como cuando Varrón, ya hace veintitú siglos, destacaba que los antiguos romanos tenían en superior estima a los hombres del campo que a los de la ciudad, *praeponēbant rusticos urbanis*.

Uno de los posibles enfoques es el que siguió Carles PI SUNYER, cuando se preguntó en una de las pocas obras referentes a esta materia en nuestro país, sobre las actitudes de los catalanes respecto a las actividades económicas. El problema que quería averiguar quedaba entre la Psicología social y la Economía. Al considerar que "l'aptitud per al treball és la predominant, la més fonda i la més estesa", se ve inmediatamente obligado a referirse a la actividad agrícola. Éste es el punto que ahora nos interesa destacar: "Una manifestació clara i convincent de la tradicional aptitud treballadora del nostre poble és la manera com ha valorat la terra, gràcies a l'esforç, ple de voluntariosa tossuderia, de successives generacions". Estas renovadas tareas para vencer aspectos negativos de la Naturaleza —concretamente el esfuerzo del payés para hacer producir más y mejor las tierras— llegan a configurar el carácter colectivo: "La tenacitat, l'esperit de previsió, la constància del pagès català ha vençut la roca".⁴² De esta manera se llega a recopilar una serie de virtudes que ya aparecen reflejadas en diversas obras desde hace unos cuatrocientos años y que ya había ensalzado claramente, hace más de un siglo, otro autor.⁴³ Aparece así una clara toma de conciencia, diríamos,

42. PI SUNYER, *L'aptitud econòmica de Catalunya*, pp. 99, 102-103.

43. Nos referimos a la obra de J. CORTADA, *Cataluña y los catalanes*.

que cuenta con una larga tradición y unos jalones importantes y muy destacados.

A veces, el enfoque ha sido diferente, y el mundo rural queda como medio olvidado. Así sucede cuando se plantea el problema de tal forma que lo que se intenta averiguar es si la mentalidad más acusada entre los catalanes ha sido la propia del hombre dedicado a la industria, mejor dicho, a unas determinadas manufacturas o industrias, o al comercio, a unas ciertas formas de comercio. Digámoslo brevemente: el catalán, ¿es fundamentalmente un industrial o un comerciante, un hombre de manufactura o un mercader?

Esclarecer el hecho que acabamos de mencionar puede ser decisivo para algunas ciudades desde la Edad Media —recordemos que núcleos urbanos propiamente dichos existen muy pocos— y para el conjunto del país en el último siglo. Pero, de acuerdo con lo que hemos ido exponiendo en el presente trabajo, durante el largo período agrario que hemos descrito, del siglo ix o x al pasado, el problema realmente interesante, en conjunto, es preguntarnos por las características definidoras de la población que fue preponderante, es decir, el campesinado.

El tema, hay que confesarlo, no es fácil. Nos encontramos desde un principio con una masa rural confusa e indiferencial, cuya importancia cuantitativa ya hemos visto, de la que no me atreveré a decir que tenga poca historia, pero sí que disponemos de escasa información respecto a su pasado. Es a este gran efectivo agrario al que hemos de atribuir, en buena parte, las características de laboriosidad y tenacidad de que hablábamos antes.

Por otra parte, quizá no sería tampoco una empresa demasiado difícil establecer cómo el proceso campesino, singularmente a través de las clases agrarias preponderantes —señores rurales, propietarios, clérigos y notarios de origen campesino— entra en la conformación de ciertas características morales y culturales. Durante siglos, repetimos, este hecho habrá sido importante. Aparecerían probablemente unas líneas de tendencias continuas mantenidas, que a veces presentarían una gran eficacia. A través de estas *élites* tradicionales del campo se irá configurando un derecho rural catalán, con unas características muy acusadas y que muestra una estrecha relación con unos determinados contextos sociales y económicos. No hace muchos años se destacaba de nuevo el valor de este derecho rural catalán y, a la vez, sus posibilidades y dificultades para adaptarle a las circunstancias actuales.⁴⁴ Cuando, a lo largo del año 1970, se ha hablado de la revisión de la recopilación hecha un decenio antes sobre el derecho catalán, se han tenido que tratar de nuevo numerosos problemas agrarios, pues, no en vano, la jurisdicción del país presenta numerosos fundamentos estrictamente rurales.

Otro punto interesante sería ver cómo se responde desde el mundo rural a las transformaciones sociales y económicas del siglo pasado y del actual, cuando se va acabando el gran ciclo agrario catalán. Con exactitud VICENS VIVES, muy amigo de diagnósticos, nos presentaba con pocas palabras la

44. CAMPS ARBOIX, *Història de la agricultura catalana*, caps. ix al xv.

pasada centuria hablándonos de los “industrials i polítics”.⁴⁵ Es verdad, evidentemente, pero desde nuestro punto de vista no es toda la verdad. Queda aún el mundo rural que, de una forma y otra, desempeña su papel y hace también su juego. Más aún, continúa realizando unas aportaciones y unas inversiones —en hombres, en ideas y en dinero— hacia este nuevo mundo industrial y urbano que se está alumbrando. Son de familia campesina, o aparecen fuertemente enraizados al campo, un gran número de figuras del siglo XIX, decisivas en el plano económico, político y cultural. Sería posible mencionar personalidades tan diversas y significativas como pueden ser Antoni BARATA —ministro de Hacienda en Madrid, en el tercer decenio del siglo pasado— o Jaume BALMES, o el arzobispo Antoni M.^a CLARET, o el creador del plano del ensanche de Barcelona, el ingeniero Ildefons CERDÀ. El *pairalisme* daba aún frutos individuales muy notables, y de la masa rural surgían también interesantes personalidades. Hablar de las contribuciones en un plano más colectivo obligaría a una historia, nos parece, demasiado larga y compleja. Ya en nuestro siglo destacaríamos una figura tan significativa como la de Enric Prat de la RIBA, descendiente de remensas y propietarios rurales, que él mismo estudió personalmente, y cuyo proceder proyectó en definitiva en sus tareas políticas, a través de un indudable enraizamiento geográfico y social.

Unas conclusiones cualitativas

Para no extendernos en demasía, quisiéramos sintetizar nuestras ideas. Si pretendemos esclarecer el valor cualitativo del campesino, al momento hemos de matizar. Hay campesinos y campesinos. De condiciones muy distintas: masas rurales y *élites* rurales, con distintas características económicas y sociales, con profundas diversidades internas. También con diferencias en el tiempo: tengamos en cuenta que, estudiando el período a que nos hemos referido en el presente trabajo, el campesinado que podemos contemplar tiene más de diez siglos de duración.

¿Intentaremos señalar algunas cualidades, positivas o negativas, e incluso intentar algún juicio acerca de estos catalanes? Podemos afirmar sin duda que modelan una concepción del mundo, rinden culto al trabajo y a la sobriedad, crean un derecho. En la base de todo ello aparece, en definitiva, un fuerte enraizamiento en la casa y en la región. A veces, el lazo es perfecto: la casa tiene un determinado topónimo, el Soler, por ejemplo y el nombre de la casa es después el de la familia. Confusión y compenetración de hombre y tierra. Un hecho, sin duda, inequívocamente rural.

Este enraizamiento se mantiene a través del tiempo, es continuo. Algunos autores han señalado la continuidad como un hecho que aparece en el modo de actuar del catalán. FERRATER MORA lo ha indicado como un rasgo distintivo, junto con el *seny*.⁴⁶ Nos parece que no sería difícil demostrar cómo estas características arrancan de unas realidades rurales, de determinadas fa-

45. VICENS VIVES y M. LLORENS, *Industrials i polítics del segle XIX*, Barcelona, ed. Teide, 1958.

46. FERRATER, *Les formes de la vida catalana*, especialmente pp. 36-48.

milias y de casas de payés concretas, que se mantienen a través de los tiempos, con afán y voluntad de permanencia.⁴⁷ No nos puede extrañar que exista una apología de estos aspectos, a veces un tanto retórica e idealizada. Se enaltecen desmesuradamente y de forma demasiado exclusivista las cualidades y los hombres: De estas casas —rurales se entiende, y ello es el hecho que nos interesa— “sortiren els humanistes, els erudits, els savis, els prelats, els homes de govern, els comerciants, els industrials... Tota aquesta glòria ve de la individualitat del patrimoni pairal”.⁴⁸

Naturalmente, otros autores mantendrán una actitud más matizada y cauta. Josep PLA, por ejemplo, encuentra la pura apología inadecuada o parcial, refiriéndose concretamente a la efectuada por “l'escola conservadora catalana” a través de una idealización del campesinado y de una visión exclusivamente optimista. Se refiere a obras como las del obispo TORRAS I BAGES⁴⁹ o de Manuel RAVENTÓS.⁵⁰ Las ideas de Josep PLA —campesino intelectualizado— merecen nuestra atención.⁵¹ Su crítica intenta un acercamiento a la realidad pasada y actual —esta última sobre todo— y, por otro lado, mostrar ciertos defectos del campesinado. A pesar de todo, el mismo autor no regatea su positiva valoración: “L'estructuració de la societat d'aquest país s'alimenta, dimana de les masies: d'elles ha sortit, surt i sortirà la millor sang del país, la seva força humana bàsica, perennement activa, positiva i ascendent en tots els aspectes”. Más adelante asegura: “Els pagesos —em dic— tenen molts defectes, però encara les millors qualitats del país van lligades amb ells: toquen de peus a terra; tenen un sentit de la lentitud, de la calma, del treball, de la tenacitat, de la continuació...”⁵²

De esta manera se van apuntando también unos aspectos negativos. Unos defectos que, nacidos y vividos en el cuantioso y multiforme campesinado, han llegado a configurar a toda una población. En diversas obras, se ha señalado ya alguno de estos aspectos, como el marcado individualismo —con mayor exactitud, una visión de los hombres y de las cosas a través de intereses reducidos y locales— o una cierta dificultad para conseguir un enfoque abstracto de las realidades, incluso de las económicas. La relación de estos defectos con nuestro mundo rural es bastante clara; pero nos parece, que haría falta proseguir con cuidado la definición del problema y de sus orígenes.

Por fin, nos queda el porvenir. Es cierto que el campesinado ha llegado a nuestros días muy disminuido en número, ocupando un segundo plano social y económico. Pero también es verdad que, incluso teniendo en cuenta algunas transformaciones sufridas, sigue presentando unas marcadas características espirituales y materiales, un cierto proceder y una cierta actitud. A pesar de todo, no podemos olvidar que se encuentra ahora en un mundo

47. Véanse diversos comentarios sobre la idea de familia y continuidad en CAMPS ARBOIX, *La masía catalana*, pp. 211-214.

48. J. RAVENTÓS, *Memòries d'un cabaler*, Barcelona, ed. Foment Pietat, 1932.

49. TORRAS I BAGES, *La pagesia catalana*.

50. M. RAVENTÓS, *Flors i violes. Pensaments que deixo als meus fills*. El mismo autor dejó algunas otras obras muy significativas.

51. PLA, *Els pagesos*, pp. 110-117.

52. PLA, *Els pagesos*, pp. 18, 210.

nuevo, a veces *frente a* un mundo nuevo, que no es el suyo. Deberíamos preguntarnos, de cara al futuro, acerca de la capacidad de supervivencia y de transformación de este campesinado milenario, incluso por las posibilidades de relación e influencia sobre toda la población, en buena parte ya ajena. Queremos decir también su proyección sobre el espacio y el paisaje, sobre los pueblos y las casas y los caminos, sobre la organización del país todo. La problemática, nos parece, vuelve a ser plenamente geográfica.

BIBLIOGRAFÍA

Indicamos sólo las obras señaladas abreviadamente en las notas a pie de página. Puede encontrarse una bibliografía más completa en el trabajo original (VILÀ VALENTÍ, *L'altra cara de Catalunya: un país d'agricultors*, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres, 1971), pp. 47-51.

- ABADAL I DE VINYALS, R. de: *Els primers comtes catalans*, Barcelona, ed. Teide, 1958. — Acerca del *pairalisme*, véase prólogo a la obra de J. NADAL y E. GIRALT, *La immigració francesa a Mataró durant el segle XVII*, Mataró, 1965.
- BALARI, J.: *Orígenes històrics de Catalunya*, Barcelona, impr. Jepús, 1899.
- BASSOLS DE CLIMENT, M., director: *Glossarium mediae latinatis Cataloniae*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 6 fascículos, 1960-70.
- BOLÓS, M. de: *Evolución del poblamiento rural en una comarca prepirenaica*, "Actas V Congreso Estudios Pirenaicos, Jaca-Pamplona 1966", en "Pirineos", n.º 83-6 (1967), 29-44.
- CAMPS ARBOIX, J. de: *La masía catalana. Historia, arquitectura, sociología*, Barcelona, ed. Aedos, 1959. — *Les cases pairals catalanes*, Barcelona, ed. Destino, 2.ª ed. 1966. — *Història de l'agricultura catalana*, Barcelona, ed. Taber, 1969.
- FERRATER MORA, J.: *Les formes de vida catalana*, Barcelona, ed. Selecta, 1955.
- IGLESIAS, J.: *La població catalana al primer quart del segle XVIII*, Barcelona, Fundació Massot, 1959; *El movimiento demográfico en Cataluña durante los últimos cien años*, Barcelona, Real Academia Ciencias y Artes, 1961; *La crisi agrària de 1879-1900. La filloxera a Catalunya*, Barcelona, Ed. 62, 1968.
- LLOBET, S.: *La trashumancia en Cataluña*, "Comptes rendus XVI Congrès Géographie, Lisbonne", t. III, Lisboa, 1951, pp. 36-47 (en colaboración con J. VILÀ VALENTÍ). — *La industria del vino espumoso español*, "Estudios Geográficos", XX (Madrid, 1959), 459-481. — *Les activitats rurals*, "Geografia de Catalunya", dirigida por L. SOLÉ SABARÍS, vol. I, Barcelona, ed. Aedos, 1958, pp. 377-444.
- NADAL, J. y GIRALT, E.: *La population catalane de 1553 à 1717. L'immigration française et les autres facteurs de son développement*, París, Ecole Pratique Hautes Etudes, 1960.
- PI I SUNYER, C.: *L'aptitud econòmica de Catalunya*, Barcelona, ed. Barcino, col. Enciclopèdia Catalunya, 1927.
- PLA, J.: *Els pagesos*, Barcelona, ed. Selecta, 1952.
- RIU, M.: *Hipòtesi entorn dels orígens del feudalisme a Catalunya*, Barcelona, Societat Catalana Estudis Històrics, 1970.
- VIGENS VIVES, J.: *Historia de los remensas en el siglo XV*, Barcelona, C. S. Investigaciones Científicas, 1945. — *Noticia de Catalunya*, Barcelona, ed. Destino, 4.ª ed., 1969.
- VIDAL, T.: *El reverso de la urbanización: La despoblación del campo en Cataluña*, "Estudios Geográficos", XXXI (Madrid, 1970), 159-163.

- VILÀ VALENTÍ, J.: *Notes sobre el poblament català medieval: el mercat*, "Miscel·lània Puig i Cadafalch", I, 1947-51, pp. 225-241. — *Una encuesta sobre la trashumancia en Cataluña*, "Pirineos", 17-18 (Zaragoza, 1950), 405-445. — *La comarca de Bages*, tesis doctoral, Universidad de Madrid, 1956. — *El origen de la industria catalana moderna*, "Estudios Geográficos", XXI (Madrid, 1960), 5-40. — *El "mas" catalán, una creación prepirenaica*, "Actas III Congreso Estudios Pirenaicos", Gerona 1958, tomo IV (Zaragoza, 1963), 51-66.
- VILAR, P.: *Catalunya dins l'Espanya moderna. Recerca sobre els fonaments econòmics de les estructures nacionals*, Barcelona, ed. 62, 4 vols., 1964.